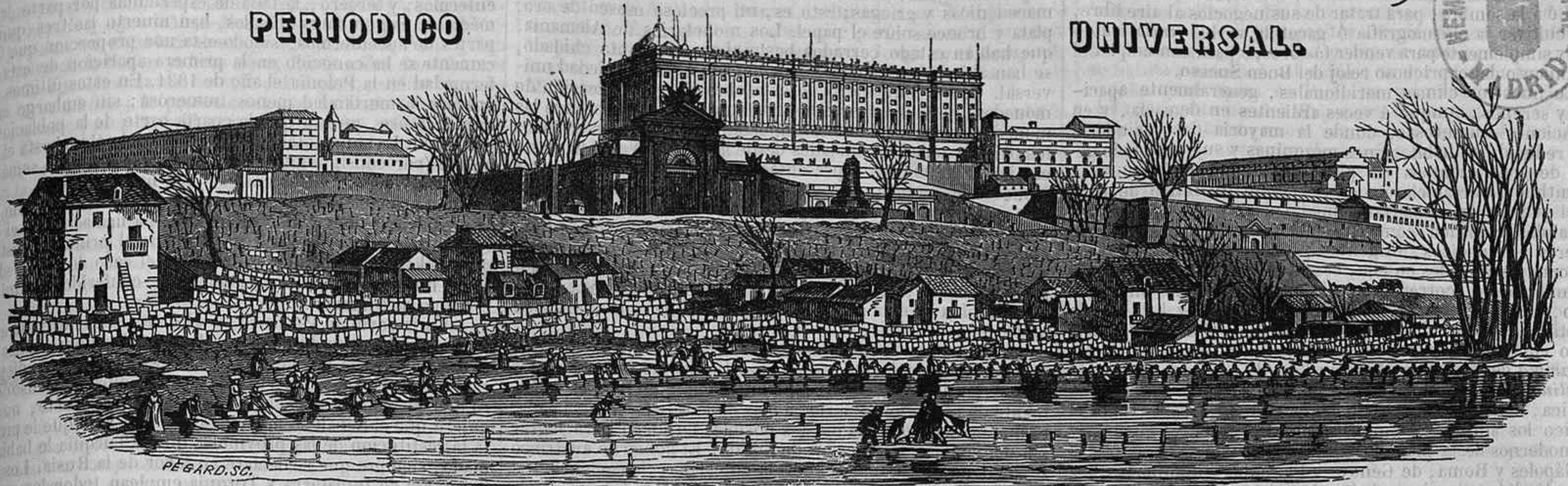


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 8 rs.

NUM. 236.—SÁBADO 3 DE SETIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE AGOSTO.

Los registros de las diligencias y la oficina de pasaportes dijimos que reasumían todo el interés de la crónica matritense del mes de julio; los boletines atmosféricos y sanitarios y los fúnebres libros parroquiales, vienen á ser toda la del de agosto, que por fortuna terminó.—Abrió su marcha este iracundo mes bajo la advocación de *S. Pedro ad-vincula*, con una temperatura de treinta y cinco y medio de Réaumur, casi inaudita en los ardientes fastos madrileños, y aunque la reblandeció algún tanto después, se tornó á crecer con nueva recrudescencia en la tercer semana, hasta el punto de llevarse de calles, entre el 18 y 22, hasta las estatuas ecuestres de entrambos Felipes ó el obelisco del Dos de Mayo. La tierna infancia, la juventud briosa y la doliente senectud, pudieron resistir apenas aquel álito abrasador digno del Senegal ó Sierra Leona, é inclinaron sus frentes delante de él como la erguida palma del desierto al soplo mortífero del *Simoun*. La primera edad sobre todo vió reproducida en este funesto cuarto de luna la proscripción Herodiana, y en las otras edades y clases, el estado de dolencia muchas veces ha terminado en un desenlace fatal. La jóven y bella marquesa de *San Adrian*, el caballeresco y simpático vizconde de *la Armeria*, la excelente condesa de *Casa Bayona*, el general *Balboa* y su compañero de ministerio fugaz el señor *Armesto*, el sabio académico é historiador *Sainz de Baranda*, y otras muchas notabilidades sociales que han bajado al sepulcro dejarán consignada con piedra negra la memoria del mes de agosto de 1853.

Esto no obstante, y á pesar de las otras ausencias temporales con motivo de los baños termales, de las fuentes y besamanos de la Granja, de las iluminaciones y fuegos de París y

de los toros de Bruselas; á pesar de la falta casi absoluta de espectáculos públicos, del veraneo de artistas y poetas trashumantes, de la emigración á otros climas de los famosos lidiadores del Circo madrileño; á pesar de la escasez de viento en la atmósfera, de agua en las fuentes, de sombra en las calles, y de luz en el Prado, todavía la *crónica chismográfica* de este paseo vespertino podía dar lugar á llenar algunas cuartillas de esta *Matritense*, si en el tintero del cronista, seco y agostado con estos calores, hubiera quedado una gota de punzante licor, ó al menos menos un granito de cómica sal.—Pero pues no ha sido así, y apenas encuentra matiz alguno en que emplear su desmayado pincel, remitiremos al lector ganoso de este salpimentado manjar, de esta picante narrativa, á la interesante *Gacetilla* de algún periódico *soi dissant grave y haut placé*, escrita, cuando en hurraide prosa, cuando en una nueva y disfrazada *coptería* y con pretensiones de hacernos reír, la cual le pondrá al corriente de las intriguillas del *Paris del Prado*, de los remilgos de las doncellas, de los quiebro de los galanes, de las artes de los maridos ó de la estrategia maternal, con otras observaciones tan nuevas como entretenidas. O bien á vueltas de un adagio manoseado, ó encerrado en una vergonzante seguidilla, le dará parte del último asesinato de aquel día, ó del suicidio de la noche anterior; pondrá en su conocimiento las palizas conyugales del zapatero del portal, las *turcas* del tendero de la esquina, los golpes de la codorniz de la vecina de enfrente ó los paseos nocturnos de su galán, cosas todas aperitivas y dignas de ponerse en música.—Pero en cambio otras veces levantándose á mayores reseñará (siempre en el consabido gracejo) la estadística de los criminales capturados, *con sus nombres, apellidos y delitos que han cometido*; ó bien penetrando en la administración local y policía urbana, se encenderá en un santo furor contra la inercia de la autoridad porque tal farol se apagó media hora antes, ó

porque tal pozo reventó media hora después; porque tal coche atropelló á un perro vagamundo; ó porque el mismo perro pasó á deshora por entre las piernas de un caballo y le hizo rodar.—Con cualquiera de estos motivos el *Gacetillero*, tribuno espontáneo del pueblo, fuelle de la opinión del país, soplará incandescentemente el *¡quousque tandem?* á la oreja de la autoridad; pedirá bandos y mas bandos contra todo viandante que dificulte su tránsito; contra todo dueño de casa que no la pinte á su gusto; contra todo cochero que no le ceda el paso; contra todo caballo que no se detenga en su carrera cuando él acierte á cruzar. Y las autoridades, complacientes y codiciosas de aura popular, del aura gacetillera, acudirán á correo vuelto con el consabido bando; y lloverán municipales sobre el triste transeunte que se detenga, sobre el cochero que ande, apremios sobre el casero que no revoque, multas sobre el ginete que se caiga ó sobre el caballo que intente correr; lazos y estrignina sobre el perro que no tiene cartilla, y bozales y corbatas sobre los domésticos y empadronados. Y el gacetillero agradecido alabaré el celo de las autoridades; y las autoridades á su vez abdicarán en él su poder; y aquel será la única y omnimoda autoridad; y la prensa periódica desde la cuarta página, ó sea desde el cuarto piso de la redacción, será efectivamente, no el cuarto, el primero y único poder del Estado.

Todas estas reflexiones (siquier estemporáneas ó inútiles) nos las sugirió días pasados el famoso bando de 9 del corriente en que la autoridad municipal (evidentemente impulsada por la fuerza motriz de la *Gacetilla*) prohíbe pararse en las aceras de la población, y especialmente en las de la Puerta del Sol y calles de la Montera, Alcalá, Carretas y Carrera de San Gerónimo, *ni á pretexto de conversacion ni para tratar de negocios*; medida tan arrogante y severa, que si llevara al pié la firma de algún corregidor golilla de la *ominosa década*, sería



Habana.—Plaza de armas.

calificada por la misma gaceta como una prueba evidente del despotismo y la tiranía de aquella época nefanda, de aquellos tiempos incivilizados en que se permitía á cada quisque ocupado ó baldío, yente ó viniente, detenerse á su albedrío al sol ó á la sombra, para tratar de sus negocios al aire libre, para cultivar la chismografía ó gaceta verbal (*inde iræ*) ó pura y simplemente para vender fósforos, ó para contemplar el movimiento del caprichoso reloj del Buen Suceso.

En nuestros climas meridionales, generalmente apacibles y serenos, aunque á veces ardientes en demasía, y en poblaciones numerosas, donde la mayoría del vecindario vive reducida en habitaciones mezquinas y sujetas á todo género de contratiempos, la plaza pública es el único solaz permitido á ciertas clases; es el refugio instintivo de todo aquel que carece de ciertas comodidades; y si á estas clases desvalidas se añaden, como en Madrid, otras muchas de forasteros advenedizos, litigantes y pretendientes, paseantes en corte y huéspedes en ella, cesantes sin empleo, mercaderes ambulantes, corredores á pié quieto, ingenios sin auditorio, músicos festeros, galanes de muestra, y bellezas de pacotilla, ¿qué mucho que busquen en la Puerta del Sol, como en las gradas de Sevilla, en la calle Ancha de Cádiz, la Rambla de Barcelona, la Viva-Rambla de Granada, Santa Catalina de Valencia y el Zocodover de Toledo, aquella vida pública, holgada, diáfana y halagüeña que buscaban bajo el pórtico los antiguos atenienses, el romano en el Forum, y los modernos de la península italiana en sus célebres plazas de Nápoles y Roma, de Génova y Florencia, iluminadas por su espléndido sol, circundadas de palacios y arrulladas con el murmullo de mármóreas fuentes?—Digan lo que quieran los señores gacetilleros, y manden lo que ellos dispongan las autoridades; no es justo, ni fácil, ni posible cambiar de repente las condiciones de la vida social de una gran parte de la población, alterar sus inocentes usos y costumbres, é intervenir oficiosamente hasta en los actos mas espontáneos y naturales de su existencia, á que le inclinan el clima, la educación, la tradición y el ejemplo. Estas disposiciones niveladoras que tienden á asimilar la vida de pueblos de diversa índole y condiciones, y á borrar su fisonomía respectiva, la creemos temeraria y absurda; y si concebimos muy bien el que nadie permanezca parado en las inmensas, turbulentas, y enfangadas calles de París ó de Londres, envueltas casi siempre en densas nieblas y surcadas en todas direcciones por miles de carruajes y centenares de miles de transeúntes, no vemos la razón para imponer igual agitación y febril movimiento á nuestra tranquila y reducida población madrileña, que á cambio de otras privaciones puede disfrutar de un hermoso cielo; que á falta de otros espectáculos gusta ser espectadora de sí misma; y que en vez de mas lucrativas, útiles ó perniciosas ocupaciones, saborea con fruición la grata ocupación de no hacer nada (*il dolce far niente*, que dijo el toscano.)—Estos asaltos de civilización impuestos así nos parecen á gun tanto tiránicos, á nosotros que no nos preciamos de progresistas ni defensores de los derechos del hombre, y lo que aun nos parece mas singular en la medida de que tratamos, es que la Gaceta, que no halla términos bastante duros para censurar al gobernador de Málaga que obliga á remeter las poéticas rejas de aquella romántica población, que apellidó *rejicida* al corregidor que hace pocos años hizo igual operación á las de nuestro Madrid, y sacrificó luego dos de sus mas distinguidas autoridades porque quisieron suprimir la popular farsa del Entierro de la Sardina, se extasie ahora y aplauda en unísono coros este brusco ataque contra uno de los derechos imprescriptibles del hombre, el derecho de pararse ó andar.

Vemos pues que la fuerza motriz de la prensa periódica se ha trasegado de la primera á la cuarta página. El artículo de fondo ha pasado á la gaceta, y en el mismo mes que nos ocupa hemos tenido pruebas ostensibles de que todo lo fuerte que es en ciertos límites y á favor del fuego graneado del acicate constante del párrafo suelto, es completamente nula é impotente cuando descarga contra mas elevados blancos el grueso de su artillería. La célebre cuestion de los ferro-carriles es donde ha demostrado hasta la evidencia en este mes que su pólvora está ya mojada. La Gaceta se ha vengado de la gaceta.

Las fiestas patronales de la Virgen de Agosto en los vecinos pueblos de Carabanchel, Pinto, Pozuelo, Navalcarnero y otros, han distraído á una buena parte de la alegre población de Lavapiés y la Arganzuela; la de Maravillas y el Barquillo ha tenido mas á mano alguna otra corrida de toros de pega hispano-portuguesa, y alguna polka monstruo en el nuevo salón-taller de Recoletos.—La sociedad *com'il faut* concurrente al París del Prado, ha podido disfrutar todas las noches el espectáculo gratuito del cometa, que desplegaba su luenga cabellera por encima de la fuente de Apolo, y el pueblo en general ha tenido tambien ocasion de observar aquel fenómeno atmosférico, infringiendo escandalosamente el bando reciente que le prohibía agruparse en calles y plazas; verdad es que donde dice «que no haya de pararse bajo pretexto de conversacion ni para tratar de negocios» se olvidó de añadir una cláusula espresa que dijera: «ni tampoco para observar al cometa.»

EL CRONISTA.

REVISTA UNIVERSAL.

—Se está publicando actualmente un manual de la antigua numismática de los tiempos mas remotos hasta la destrucción del imperio romano, redactado según las mejores fuentes y adornado de muchas láminas con las monedas originales mas hermosas y antiguas, para el estudio particular de los aficionados de la antigüedad, por el doctor J. G. M. Gasse, inspector del real monetario de Dresde y bibliotecario del rey de Sajonia. Los grandes monetarios no solo son importantes, sino tambien indispensables para el estudio de la ciencia arqueológica en general, y especialmente de la historia, mitología, cronología y geografía; igualmente son de gran importancia para el investigador, como tambien para el etimologista, pues encierran en sí una no pequeña parte de la historia de la civilización, y forman en cierto modo una diminuta, pero excelente historia universal ilustrada. En este concepto es la obra de que tratamos sumamente preciosa.

De ella se han publicado ya 16 entregas con 46 láminas y unas 370 monedas (cada una de dos caras) que nos presenta las monedas de los Ptolomeos, de la Italia, Persia, India y España antiguas, y monedas romanas, sicilianas, tráxicas, macedónicas y griegas; esto es, un precioso museo de oro, plata y bronce sobre el papel. Los monetarios de Alemania, que habian estado cerrados hasta ahora con tanto cuidado, se han abierto para todos y han llegado á ser propiedad universal. Como compañero de esta obra sirve la colección de monedas, publicada por el mismo autor, que comprende las monedas de oro y plata mas importantes y acuñadas en todos los países y todas las ciudades desde la paz de Westfalia hasta el año de 1800. La representación y descripción de estas monedas forma otra obra con el título de *Ciencia numismática moderna: ilustración y descripción de las monedas de oro y plata que se hallan actualmente en curso, con indicación de su peso, precio y valor*. Una obra útil y hasta necesaria para el comercio y cualquier operación financiera por menor ó mayor, de dentro y fuera de Alemania y toda Europa. Tambien en esta obra se da la historia de cada moneda en particular.

—Con motivo de los sucesos de Smirna, no solo ha dirigido el gobierno austriaco á los Estados-Unidos las reclamaciones mas serias de satisfacción, sino que ha exigido muy especialmente de la sublime Puerta, á mas de la satisfacción ya dada, el que ponga todos los medios posibles en juego para lograr sin demora la extradición de Koszta. El gobierno austriaco se sostiene con la mayor energía en estas reclamaciones.

—En Berlin se ha repartido el prospecto de una fonda grandiosa. Esta ha de construirse en una de las partes mas concurridas de la capital, bajo los Tilos, en el sitio donde se hallan las casas antiguamente de Verona, que ahora pertenecen al comandante Blesson. El proyectado edificio ha de tener una salida para la calle Behrenstrásze, que está á la espalda de estas casas, y en el piso bajo grandes almacenes y tiendas de géneros, conduciendo á aquellos un pasadizo cubierto de cristal. Al mismo tiempo que una serie de aposentos, régicamente amueblados, ha de establecerse en las otras partes del edificio una cantidad de cuartos amueblados con decencia, correspondiente dicha cantidad á la magnitud de la capital y á la concurrencia de extranjeros y forasteros. Los gastos de la compra del terreno, de la construcción y del arreglo interior del edificio han sido presupuestados en 500,000 talers (unos siete y medio millones de reales vellón), y deberán reunirse por acciones de 500 talers cada una. Este prospecto ha encontrado la mas favorable acogida, no solo de las autoridades, sino tambien de los capitalistas.

—Cuando el rey de Baviera, á su vuelta de una escursión á Hamburgo para Berlin, llegó á una pequeña ciudad, inmediata á esta última, se le presentaron todas las autoridades y empleados de este pueblo, á quienes manifestó que le seria sumamente agradable poder hacer á estos señores algun obsequio. Entonces tomó uno de los presentes la palabra y dijo: «que de seguro les seria muy agradable á todos estos señores, si S. M. tuviese la bondad de mandarles un tonel de verdadera cerveza de Baviera.» El rey acogió muy benignamente esta súplica, y les prometió el cumplimiento de ella, con la cara mas risueña y las palabras siguientes: «Señores, les aseguro á VV. que no han de esperar mucho tiempo.»

—D. Francisco Martínez de la Rosa ha llegado á Hamburgo.

—En la parte oriental de Londres se temen algunos trastornos, puesto que los trabajadores en los diques han imitado el ejemplo de los Cabs (cocheros de los carruajes de alquiler). Sin embargo, la conspiración de los primeros no es tan general como lo ha sido la de los últimos. En todos los diques faltan trabajadores, y la policía tiene ocupadas las entradas de aquellos para proteger á los no-conspiradores contra los ataques de los descontentos. Concebible es la reclamación de que se aumente el salario, teniendo en consideración que el *quarter* (medida de ocho fanegas) de trigo ha alcanzado en esta semana el precio medio, hace muchos años no visto, de 60 chelines (300 reales). Otros artículos de necesidad absoluta han subido en una proporción casi igual.

—Los gastos totales de construcción de las casas del parlamento inglés ascienden hasta la fecha á un millón y medio de libras esterlinas (unos 150 millones de reales), cuya cantidad ha ido aprobándose desde 1835 de sesión en sesión.

—La reina de Inglaterra ha enviado á la emperatriz de los franceses dos botes preciosos construidos de madera de cedro; estan destinados para el yate imperial la reina Hortensia, según otros Eugenia. Tres árabes de la provincia de Constantina vienen acompañando á varios avestruces y caballos del desierto, que destinados como regalo para el emperador han llegado á París.

—La princesa Maria, hija del príncipe Gerónimo y sobrina de Napoleon III, es, como es sabido, la esposa del príncipe ruso Demidoff, del cual está separada hace años. El príncipe habia asegurado á su esposa una renta vitalicia de 200,000 francos al año que se pagaba por la embajada de Rusia en dos plazos anuales. El 1.º de Agosto último quiso la princesa cobrar el plazo devengado de 100,000 francos, pero en su lugar se le comunicó el órden de que la renta de la princesa habia sido secuestrada por órden del emperador Nicolás, hasta que se hubiesen arreglado las diferencias existentes entre un súbdito ruso y su esposa, que pertenece á una familia soberana.

—Las deudas de la ciudad de París ascienden ya á cerca de 500 millones de francos; y se dice que se hace necesario otro empréstito de una cantidad casi igual.

—El decreto del emperador de Rusia, por el cual se prohibe á los rabinos y profesores de la fé judaica bajo las penas mas severas permitir á las judías se corten el cabello cuando se casen, ha causado una profunda sensacion entre los judíos del reino de Polonia. Estos consideran este decreto un ataque contra la libertad del culto que les está garantizada por la Constitución, y han determinado asegurar al emperador, cuya llegada á Varsovia con motivo de inspeccionar el ejército se espera con seguridad, por medio de una diputación, tanto de su adhesión á su persona como á sus creencias, y pedirle tenga consideración con su fé.

—Las fuerzas de mar de la Rusia constan de cuarenta y cinco naves de línea y treinta fragatas, que se hallan divididas en cinco escuadras, de las que tres tienen á Kronstadt por punto de reunión y dos á Sebastopol.

—Las noticias de Copenhague sobre la aparición del cólera dan por causa de la horrible propagación de esta epidemia: primero, la situación mal sana de una gran parte de la ciudad; segundo, la falta de establecimientos para la admisión de los enfermos; y tercero, la falta de esperiencia por parte de los médicos. Según datos oficiales, han muerto las tres quintas partes de los enfermos, siendo esta una proporción que únicamente se ha conocido en la primera aparición de esta enfermedad en la Polonia el año de 1831. En estos últimos dias aparece la mortandad menos numerosa; sin embargo crece aun siempre, puesto que la cuarta parte de la población ha emigrado. La suma total de los atacados del cólera hasta el 6 de agosto (por consiguiente en un trascurso de ocho semanas) asciende á 6,391, de los cuales 3,436 han muerto.

—En un consejo de ministros celebrado el 1.º de agosto bajo la presidencia del rey de Dinamarca, ha firmado este el acta constitucional por la cual está llamado el príncipe cristiano de Glücksburgo á ocupar el trono en el caso de que Federico III muera sin sucesión, habiéndole conferido el título de príncipe de Dinamarca.

—En la corte de Persia se suscitó una fuerte disputa entre los embajadores de Inglaterra y Rusia. El primero quiso que el Schah pusiese su ejército en pié de guerra y acudiese en caso necesario al socorro del sultan. El embajador ruso declaró que en este caso reclamaria su pasaporte. Este, no solo quiere que el Schah se mantenga neutral, sino que le promete la restitución de las provincias que la Turquía le habia tomado, siempre que se declare en favor de la Rusia. Los embajadores de Inglaterra y Turquía emplean todos los medios posibles para contrarrestar la influencia del príncipe Dolgoruki.

—A un periódico alemán se escribe que la exposición industrial de Nueva-York no adelanta lo bastante. En el interior de la misma reina aun la confusión, y hay allí casi tantos trabajadores como visitantes. La entrada es mucho mas insignificante que los empresarios habian esperado, y á la solemnidad de la inauguración ha seguido un apatía desconsoladora, que debe desanimar mucho á los partidarios de la empresa: sin embargo, es de esperar que en algunas semanas, cuando todo el arreglo esté hecho, se manifieste tambien el interés del público. De todos modos la larga dilación ha causado un daño incalculable en todos conceptos.

—En Viena tuvo lugar el 10 de agosto el casamiento del príncipe Miguel Obrenowitsch (de Servia) con la condesa Julia Hunyady. El novio llevaba el traje nacional de Servia con la surta de color de púrpura y un sable precioso y ricamente adornado de diamantes, del valor de 80,000 florines. El aderezo que llevaba la novia podria valer unos 100,000 florines.

—Los periódicos de San Petersburgo se complacen en publicar durante la crisis actual artículos muy á propósito de enardecer los ánimos de los rusos y de entusiasmarlos por la causa que el gabinete ruso debate actualmente. En uno de estos artículos se dice entre otras cosas: «Nuestro muy poderoso emperador ha sido mucho tiempo sufrido y tolerante; pero la majestad y el honor de la Rusia ortodoxa que Dios ha entregado á sus manos le importan mas que todo! Grande es el Dios de la Rusia! Poderoso el Czar moscovita! y poderosa la Rusia ortodoxa! Esta no solo lo es por la inmensa extensión de sus dominios, ni por la innumerable cantidad de sus hijos; es poderosa por el temor de Dios y por el amor á su Czar ortodoxo, al que estiman y temen tambien otras naciones. La Rusia es poderosa por el amor de sus hijos hacia su patria, por su valor y union! Al llamamiento de nuestro Czar se levantarán como un solo hombre numerosos ejércitos. A una palabra del emperador sacrificarán sus fieles súbditos fortuna y vida. Una nación animada de estos sentimientos será para siempre poderosa é invencible! ¿Qué pueden contra ella los gritos y las declamaciones de los calumniadores y descontentos? La Providencia ha elegido á la Rusia para llenar sus elevados designios, y la dió un grande y sabio Czar; todas las ilusiones se disiparán como el humo; todos los obstáculos se vencerán con la mayor facilidad, y la clara estrella de la Rusia brillará tanto mas clara.»

—La cuestion de las funciones de toros entre el ayuntamiento de Bruselas y el arrabal Schaarbeck, que habia dado el permiso á una cuadrilla española para tener corridas en los dias del 21, 24 y 28 de agosto y 1.º de setiembre, ha sido decidida en favor del arrabal, y en su consecuencia han vuelto á llenarse las esquinas de las calles de los programas ilustrados de dichas funciones. Las casas consistoriales de Bruselas fueron sembradas de aquellas durante una noche. Se está construyendo un circo especial de grandes dimensiones cerca del embarcadero del Ferro-carril del Norte para dichas corridas, donde cabrán sobre 10,000 personas.

—En Berlin han planteado dos médicos prácticos un establecimiento de curación para la aplicación medicinal del galvanismo y de la electricidad magnética, cuyo establecimiento goza de la cooperación y del reconocimiento de las autoridades mas notables del arte que se hallan enteramente conformes con el procedimiento racional de curación espresada en el programa de los doctores Bohm y Samoye. Pero no solo entre todos los médicos, sino tambien entre los no inteligentes ilustrados escita este establecimiento el mayor interés, porque en él no se aplica el conocido aparato de rotación, sino la electricidad producida por el galvanismo que se puede transformar en electricidad magnética, siempre que sea necesario. De este modo se evita al enfermo el inconveniente de tener que sufrir en los casos en que ha de obrar únicamente la fuerza divisora y disolvente de la electricidad, las conmociones que se hacen inútiles por este procedimiento. La extensión del dominio curativo de la electricidad, como se halla planteado en este establecimiento, puede dividirse en tres grandes clases. La primera encierra en sí los procedimientos curativos contra los males de nervios ensayados en París por Duchesne, en Londres por Lawrence, y en Berlin por Romberg y otros corifeos de las ciencias naturales, sea que aquellos males se caractericen por calambres ó parálisis, luego dolores ó insensibilidades de las partes dolientes, luego contra la inacción de los órganos secretorios y escrotorios y contra los variados padecimientos de origen reumático. La segunda clase abraza el método empleado con el mejor éxito, sobre todo por el consejero Crusel en San Petersburgo, y por Wertheimer en París, para curar las induraciones y tumefacciones con contenido acuático ó sanguíneo por medio de la influencia una vez disolvente y otra restringente del fluido

galvánico. Por último, la tercera clase comprende el modo de operar con el hilo de platina galvánicamente calentado, que se distingue por la circunstancia de evitar la hemorragia, de ser rápido, y de ahorrar los dolores, correspondiendo por lo tanto casi literalmente a las tres exigencias hipocráticas *seguro, rápido y agradable*.—Nos alegramos de que Berlín tenga también un establecimiento, como Londres, París y San Petersburgo lo tienen ya hace años, donde miles de enfermos vuelvan a recobrar la tan deseada salud que buscaban en vano por otros medios; le prometemos una brillante perspectiva, pues quiere poner en evidencia completa las sublimes palabras de nuestro primer héroe: *Lo que no cura la medicina, lo cura el hierro; y lo que no cura el hierro, lo hace el fuego*; con la diferencia de que el hierro en forma del limón no corta, y que el fuego rápido como el relámpago del hilo de platina se anticipa en su efecto al dolor estacionado.

—Está llamando mucho la atención de la prensa inglesa una invención para producir la luz eléctrica al mismo tiempo que los colores de pintura, resultado para el que ha obtenido un cierto doctor Watson un privilegio de invención. La cosa se parece mucho a un puff; pero hay muchas cosas que lo parecen y sin embargo no lo son, mientras que un procedimiento a veces muy halagüeño en apariencia es quizás muy desventajoso en la aplicación. En todos estos asuntos pues el único consejo bueno que puede darse es el de *esperar*. En cuanto a la invención arriba indicada no está de ninguna manera fuera de los límites naturales que de los efectos eléctricos resulten composiciones de materias, ó que por su agregación se formen nuevos cuerpos, que contengan propiedades teñidoras, mientras que al mismo tiempo se verifique un desarrollo de luz. La ciencia no podrá asegurar que esto sea contra las leyes de la naturaleza; y cuando vea que en efecto pueda realizarse, entonces podrá hallar muy pronto la teoría correspondiente. Por el momento se abstiene, como es natural, de emitir su juicio decisivo sobre el particular; espera y refiere sencillamente lo que sigue. En Londres se proyecta formar una sociedad por acciones bajo el nombre de *Electric Power and Colour Company* (Compañía de poder y colores eléctricos) con un capital de 250,000 libras esterlinas en 50,000 acciones de 5 libras cada una, debiéndose pagar la mitad al inscribirse. Esta compañía tiene por objeto explotar la invención del doctor Watson relativa al alumbrado con luz eléctrica. Según informe del inventor, este alumbrado no costará nada absolutamente, porque durante su fabricación se obtiene una cantidad de productos que tienen mucho más valor que los cuerpos de que se componen. Particularmente consisten estos en los colores de pintura que siempre tienen un buen despacho. Los colores que Watson dice haber producido hasta ahora con su procedimiento eléctrico, son siete matices de azul, incluso el azul de Prusia, cinco matices del amarillo, dos del morado, uno del verde, uno del grana, y dos del blanco. La composición química ha de ser la siguiente: el nitrato de sodio, el ácido sulfúrico, el éter acético, el amoníaco y el yeso. El inventor se propone también hacer un cloruro de cal mucho más eficaz que el que hasta ahora se ha usado, y un cok mucho mejor para la explotación de la locomoción. Todos estos productos se forman durante la fabricación de la luz; esto es a lo menos lo que dice el prospecto; pero calla prudentemente la ganancia probable para los accionistas. Esta se verá!!!

—Según comunicación del ministro de Comercio de Francia dirigida a la junta consultiva de comercio de París, se ha empleado ventajosamente en el Piemonte la turba fibrosa para la fabricación de papel para empaquetar y de cartón. Para aquel se requieren ochenta á noventa piés cuadrados de hebras de turba, y para este noventa por ciento: de este modo se dice que se ahorran unos sesenta por ciento en la fabricación.—El señor Keller en Kühnheide (Sajonia alta), un hombre tan ingenioso como hábil, y á quien se debe ya un excelente procedimiento mecánico para la preparación de las hebras de madera respecto á la fabricación del papel, ha hecho igualmente unos ensayos coronados del mejor éxito con la aplicación de las hebras de turba para la confección de las clases bastas de papel. Ya en el año pasado tuvimos pruebas de ello á la vista que no dejaban nada que desear. El papel fabricado de las hebras de la turba tiene al mismo tiempo que una mayor firmeza, una cierta untuosidad que lo hace muy á propósito para empaquetar muchos géneros.

—Conocido es el uso ámplio del cauchouk para hilos, á fin de tejer con estos toda clase de telas anchas ó estrechas, de cintas y cordones. Hasta la fecha se preparaba el cauchouk del modo siguiente: se le cortaba después de una conveniente preparación en tiras delgadas, y estas á su vez espiralmente en hilos, así que se necesitaban. Pero actualmente se ha establecido una fábrica en Grenelle cerca de París, donde se purifica el cauchouk por varios medios convenientes y con auxilio de las sustancias disolventes del carbonato sulfúrico, y se transforma en una masa pastosa. Esta se introduce después en un cilindro hueco, cuyo fondo contiene muchos agujeros finos por los cuales sale el cauchouk en hilos como en el aparato de los fideos, siempre que se entre un piston en el cilindro y empuje á la masa. Estos hilos de cauchouk de cierto espesor se estiran luego bajo la influencia de un calor de 115 grados, dándoles la finura que se quiere, y que conservan, sin volver á adquirir su primitiva forma, y se tejen así con la mayor facilidad. La fábrica de Grenelle estira dos libras de cauchouk en una longitud de 50,000 metros. Si se le quiere devolver la elasticidad, no se necesita más que pasar una plancha caliente sobre el respectivo tejido. Púedese usar para la fabricación del cauchouk natural ó también el cauchouk sulfúrico.

—La exposición de artes en París se ha concluido, y ha tenido durante los dos meses que estuvo abierta más de 200,000 visitantes. La primera medalla de premio de 4000 francos ha sido adjudicada por el jurado al señor Dupont; además se han distribuido cuarenta y siete medallas de premio con un valor total de 27,000 francos. El pintor de paisajes Troyer ha sido nombrado caballero de la legión de honor por el emperador, en reconocimiento de sus grandes méritos contraídos en la última exposición. La pintora Rosa Bonheur ha recibido con esta misma ocasión la cruz de la legión de honor. LA ILUSTRACION ha dado en este año una preciosa vista del taller de esta artista.

—Mr. de Keyser, el célebre pintor belga, ha retratado á la

archiduquesa María Enriqueta en Viena en tamaño natural por encargo de la ciudad de Amberes. Los inteligentes juzgan este cuadro una obra excelente del arte.

—El teatro francés en París ha admitido una nueva pieza dramática de Alejandro Dumas, intitulada *Luis XIV y su corte*, sacada de la preciosa obra que perfectamente ilustrada ha publicado la BIBLIOTECA UNIVERSAL. Juega en el tiempo de la juventud del rey, y los caracteres predominantes son el de Mazarino y Ana de Austria.

—En muchas poblaciones y habitaciones se hace sentir la falta de agua buena para beber y otras necesidades domésticas, y á pesar de esto se aprovechan poco ó de ningún modo las tan convenientes máquinas de filtración ó filtros que se usan en Londres en una escala tan grande, donde á la verdad se carece de agua buena de fuentes. Un filtro sumamente sencillo y práctico se forma de una vasija de barro, pedernal ó porcelana, dividida en dos partes en su media altura y abriendo en el centro de esta separación un agujero. En este se introduce bien apretada una esponja limpia, cuando se quiere filtrar, y se echa el agua por arriba. El agua filtra entonces por la esponja y cae en la parte inferior de la vasija. Si el agua fuese muy turbia, se echará en la parte superior de aquella una capa de arena limpia y algún carbon de leña no muy desmenuzados. El agua filtrada se saca de la parte inferior por medio de un agujero practicado en la vasija, el cual se tapa con un corcho ó pequeña espita de madera.

—El subido precio del aceite ha inducido á los ingeniosos fabricantes ingleses á mezclarle con leche en la fabricación de la lana, y muy pronto se ha llegado á conocer que este *aceite lácteo* produce aun mejor efecto que el *aceite puro*.

—La luz eléctrica producida según el procedimiento de los señores Joseph, Watson y Slator, á saber por medio de una batería que confecciona sustancias útiles (colores) y al mismo tiempo la luz de balde, ha sido ya empleada varias veces para alumbrar el *Palace Yard* en Londres.

—El horticultor Emilio Bouché ha hecho en el jardín de la escuela de horticultura de Neu-Schoneberg cerca de Berlín unos ensayos con una nueva clase de lino, llamada *lino real*, que parece ser del mayor interés para la cultura del lino. El primero que ha plantado este lino real en Alemania ha sido el profesor Scheidweiler, á saber; el primer año en un suelo de arcilla muy pingüe, y el segundo año en un terreno arenáceo de poco contenido arcilloso. En ambos terrenos ha alcanzado una altura de tres piés nueve pulgadas á cuatro piés. El señor Bouché hizo sus ensayos en un campo húmedo y grasoso; los vástagos crecieron á mas de cuatro piés, y produjeron con una lozana abundancia hermosas flores azules. Las cápsulas no se abrieron al madurar la semilla, y después de la preparación comun del lino se presentó una abundante ganancia en hebras limpias y fuertes, y al mismo tiempo una considerable cantidad de estopa.

—El anciano y respetable maestro Rauch regaló, según todo el mundo sabe, á la nueva iglesia de su pueblo nativo Arolsen tres de sus estatuas, representando los genios de la fé, el amor y la esperanza. Pero el muy sabio consistorio eclesiástico prohibió la colocación de estos genios en la iglesia, con pretexto de que *no eran cristianos*. ¿Qué hay pues de cristiano, cuando no lo son fé, amor y esperanza? Así es que la ciudad ha protestado contra este dictámen del consistorio.

—La estatua del fundador de Stockolmo, Birger Yarl, habia sido encargada por los habitantes de la capital de Suecia á su célebre compatriota el profesor Fogelberg, y se acaba de fundir felizmente en la fundición real de Munich.

—El modelo de la catedral de Colonia está llamando actualmente en Munich mucho la atención. Es de seis piés de alto y ancho, tallado en madera con los ornatos fundidos, y un acabado trabajo de muchos años del ingeniero civil T. W. Lipp en Munich. Este modelo da una idea clara y sorprendente de la catedral en toda su conclusión futura con las dos torres occidentales y la del medio, y está ejecutado en parte por la obra ya existente, en parte según los dibujos originales del tiempo antiguo, y en parte con arreglo á los proyectos del arquitecto de la catedral señor Zwirner.

—En Pistoya (Italia) se ha hallado el primer bosquejo del célebre cuadro de Correggio el San Jorge. El profesor Burnoni dice en el *Monitor* de Toscana lo siguiente sobre el particular: El retrato de una vara de alto y dos tercias de ancho, aun bien conservado, está pintado en un fondo de oro con el color verde de ultramar, cuyo color es tan fresco que parece acabar de salir del pincel del artista. El conjunto forma una composición grandiosa y deja una profunda sensación. El retrato pertenece á los de la segunda escuela de Correggio, y tiene mas mérito que el grande del museo de Dresde, pues el nuestro es completo en todas sus partes, mientras que en el cuadro de Dresde el niño que juega con la espada de San Jorge tiene estropeado un pié. El bosquejo lleva también el nombre inscrito del artista, y pertenece al señor Tommasso Forteguerra, sargento de la gendarmería de Pistoya.

—El hemi-ciclo de Pablo Delaroche en la sala ceremonial de la escuela de bellas artes en París, que representa el arte plástica y de dibujo de las edades antigua, media y de actualidad, acaba de aparecer en un grabado excelente ejecutado por el acreditado grabador Henriquet Dupont en Colonia. El grabador ha necesitado diez años para acabar esta plancha.

—En honor y memoria de Carlos María de Weber el célebre compositor alemán, se efectuará en los dias 11, 12 y 13 de setiembre una fiesta musical en Eutin, fijándose el 12 del mismo una losa ó tabla de recuerdo en la casa de este punto, donde Weber nació.

—El doctor Jh. Kullack ha arreglado con ingeniosa habilidad para dos manos la célebre fantasía de Mozart en *fa*-menor y para cuatro manos, habiendo al mismo tiempo añadido para los aficionados algunas simplificaciones en el arreglo, como lo hicieron Fr. Liszt y Ad. Hensel con las obras de Weber.

—Meyerbeer está haciendo escribir por Scribe un testo cómico para su ópera *El campamento en Silesia*, para que en seguida se represente en la ópera cómica de París. No puede haber una prueba mas evidente del modo moderno de componer música, ni un testimonio mas claro de la poca armonía que aquella música guardará con su testo. ¿Qué clase de ópera será aquella á que se pueda ajustar cualquier testo?

—Enriqueta Sontag ha estado ajustada como primadonna desde el 11 de julio hasta 24 de agosto en la ópera italiana que

el empresario Maximiliano Woritzek ha establecido en el teatro Castlegarden de Nueva-York.

—El tenor Fermes ha cantado en union de su hermano, el célebre bajo Fermes, que estuvo en Madrid, en Londres con el éxito mas brillante. En la representación de *Yessonda*, ópera de Spohr, que el compositor dirigió en persona, cantó con tanta maestría, que el mismo Spohr puso una vez á un lado su butaca y acompañó al público en sus entusiastas aplausos.

—La gran ópera de París ha principiado sus funciones el 10 de agosto con los *Hugonotes* de Meyerbeer. El compositor ha escrito una nueva música para el baile del tercer acto, y se ha hecho una nueva decoración de templo para el quinto acto: así es que la ópera vuelve á atraer mucha gente.

—En todos los teatros de París se ha prohibido dejar pisar sus tablas á los saltimbanquis, salteadores, *clowns*, etc. como igualmente *perjudiciales tanto á los artistas como al arte*, según el decreto del ministro Tramy.

—En la Bulgaria se han encontrado dos inscripciones griegas que son de un interés particular por la circunstancia de que indican el lugar donde vivió Ovidio estando espatriado. La actual aldea de Alindockis es el pueblo señalado donde Ovidio escribió sus lamentaciones.

—A principios de julio último se encontraron en Taormina en Sicilia cuatro urnas de barro cocido con mas de tres mil monedas de bronce griegas de los siglos VI, V y IV a. C. que han sido remitidas al museo de Nápoles. Puede ser que daten de la Colonia, que Nepos fundó allí setecientos treinta y cuatro años a. C.

—En Port Natal se vió con la simple vista á principios de mayo último un gran cometa en la parte occidental del cielo, de cuyo cometa creen los astrónomos que es el mismo que Hind anunció para el año de 1858. El cometa anunciado es uno de los mayores de que la historia hace memoria, y el mismo que apareció á mediados del año de 1264. Casi todos los historiadores de aquellos tiempos hacen, admirados y sorprendidos, mencion de él. Hind dice que este cometa habia tenido el mayor brillo en los meses de agosto y setiembre. Cuando su cabeza se hallaba justamente en el horizonte del Este, entonces se extendía hacia el Oeste su cola de cien grados de largo; tanto los autores europeos como tambien chinos dan un testimonio de la inmensa magnitud del cometa en cuestion. En la China apareció la cola curva como un alfanje: su curso iba en direccion desde el Leon al través del Cáncer y Géminis hacia el Orion. El cometa desapareció el 2 de octubre, en la noche en que murió el papa Urbano IV, cuya muerte se creía anunciada por él.—A fines de febrero ó principios de marzo del año de 1556 se divisó en la constelación de la Virgen un cometa que fué observado en Viena por el astrónomo de Carlos V, Pablo Fabricius. Un mapa del curso visible de este cometa se halla en el libro intitulado *de las maravillas, presagios* etc. que publicó Lycosthenes (Conrado Wolfhardt) en Nürnberg. Este cometa no era tan claro como el del año de 1264; pero sin embargo, según la descripción una estrella grande y brillante. Este cometa atravesó la Virgen pasando después por el polo ártico, hasta que se le vió por última vez en el Cefeo y la Casiopea, según la opinion de los europeos, á fines de la tercera semana de abril, si bien los observadores chinos no le perdieron de vista hasta el 10 de mayo del antiguo estilo; ellos habian descubierto el cometa el 1.º de marzo en la Virgen. Por lo demás hay una circunstancia que apoya la identidad de los cometas de 1556 y 1264, y es que unos 289 años antes de la primera época, es decir en el año de 975, habia aparecido un cometa considerablemente grande que bien puede haber sido el mismo. Se le observó en Europa desde agosto hasta octubre durante el reinado de Juan Zimisees. Los chinos le vieron á mediados de julio y le persiguieron al través de la Hidra, Leon, Cáncer, Géminis y Tauro hasta el Aries, donde se perdió después de haberse visto durante tres dias. Presentó una cola de cuarenta grados de largo, y era evidentemente una estrella de un tamaño extraordinario. Si empleamos pues los elementos determinados por Hind para el año de 1556, resulta que, suponiendo el paso por el perihelio ocurrido muy al principio de agosto de 973, pueda representarse de un modo muy satisfactorio el curso observado. El cometa de Klinquerfues se ha visto perfectamente bien el 31 de julio y 2 de agosto últimos en las patas de la Osa Mayor: quedará sin embargo invisible por algun tiempo, porque se pone ya demasiado temprano por la noche. Mas tarde cuando se aleje del sol, se volverá á presentar otra vez en el cielo.

—Arago asistió el 9 de agosto por primera vez después de su enfermedad á la sesion semanal de la Academia de Ciencias.

—En la reciente visita que el rey de Prusia hizo á Danzig, observó un comerciante de esta ciudad que se distingue mas bien por sus riquezas y sus muchos buques que por cualquiera otra cosa, en una conversacion con el rey, que habia sufrido considerables averías en su *Federico el grande* y en *el de su apreciable nombre* (Federico Guillermo IV); á lo cual contestó el rey: *Parece pues que V. tiene mucha desgracia con mi familia*.

—En el San Gotthardo por la parte de Airolo se rompió el 7 de agosto la cadena de la rastra del correo. El coche se hizo pedazos al precipitarse á la profundidad, pero sin que los numerosos pasajeros ni los caballos sufriesen la menor lesion.

—En Manchester (Inglaterra) ha establecido un ingenioso librero una biblioteca ambulante. Un enorme carruaje, igual á los en que se trasportan las colecciones de fieras, etc. contiene en estantes sobre unos 2000 volúmenes, recorre la poblacion y se para algunas horas donde se piden libros. Marquesinas que rodean el coche protegen los libros contra el agua y sol, y con el libro que se pide recibe el lector al mismo tiempo una silla de campaña.

—El poeta provenzal Jasmin, el tan ponderado trovador, comió hace poco en la mesa del emperador en San Cloud. Después de haber regocijado á la comitiva con sus improvisaciones poéticas y de haber sido invitado á pedir un favor, suplicó la gracia por su compatriota proscrito, el ex-cuestor Baze. El emperador se la concedió al instante. Pero Baze declaró en un comunicado de la *Independencia belga*, que el poeta Jasmin habia solicitado la gracia de Luis Napoleon contra su manifiesta voluntad, y que no pensaba en merecer á una gracia la vuelta á su patria. En su consecuencia parece haberse recogido el decreto imperial por el cual se perdonaba al ex-cuestor.

LAS TRES REINAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

El día 10 de julio de 1553, á las dos en punto de la tarde, retumbó una fuerte descarga de artillería en los torreones de Durham-House, palacio que en aquella época habitaba el duque de Northumberland, teniente general del reino, y que se hallaba situado en el mismo sitio que hoy ocupa la calle de las *Adelfas*. No bien resonó aquella formidable señal, que fué al punto contestada de todos los puntos del Támesis en que había podido colocarse una bombardas ó una culebrina, cuando salió del palacio un magnífico cortejo, dirigiéndose por la ancha gradería exterior de la fachada principal á la orilla del río. En ella le esperaban cincuenta barcas entapizadas con riquísimos paños bordados de oro, las cuales ostentaban vistosas banderas, pendones, banderolas, gallardetes y grimpolones, en que se veían multitud de escudos de armas y divisas: cada barca además remolcaba otra grande embarcación atestada de hombres de armas y de músicos. Era un espectáculo maravilloso é imponente: al pronto también hubiera podido creerse que era en realidad un regocijo público, supuesto que se trataba de que una reina joven y hermosa pasara á la Torre de Londres á tomar posesión de su trono; mas no había echado raíces este pensamiento en la masa general del país. La naturaleza había enriquecido sin duda alguna á aquella muger con dones mas preciosos, tanto físicos como intelectuales, que á ninguna otra de su sexo: su nacimiento era ilustre. Además representaba la nueva secta que acababa de introducirse en Inglaterra, y que podía verse en gran peligro, ó tal vez quedar enteramente destruida, en caso de que otra pretendiente, la princesa María, llegase á triunfar de ella. Contaba por partidarios á los hombres mas eminentes por su elocuencia y su talento, y todos los ingleses se hacían lenguas para elogiar sus virtudes, sus grandes cualidades y sus hechiceros encantos.

A pesar de tan brillantes ventajas, el advenimiento de Juana Dudley solo inspiraba recelos y desconfianzas: en primer lugar, porque no era la mas ligada al último rey por los vínculos de la sangre; y en segundo, porque la había investido del soberano poder el duque de Northumberland, su suegro, hombre á quien el pueblo aborrecía por su intratable orgullo. De modo que, cuando el imperioso duque iba á buscarla (y esto acontecía diariamente) á su casa de recreo de Sion-House, donde siempre había vivido en retiro solitario, para conducirla á su propio caballo en medio de brillante cabalgada, ninguna aclamación, ni un solo grito de júbilo la acogía á su paso. El pueblo, lejos de festejar su entrada en la capital, guardaba siniestro y profundo silencio. Cierto era que su juventud y su incomparable belleza escitaban vivísimo interés; á su aspecto se oía siempre un murmullo de admiración: pero la presencia de Northumberland, que la seguía como una sombra, mirando á la multitud como si se empeñara en descubrir sus mas ocultos pensamientos, helaba aquel movimiento irreflexivo y esparcía la inquietud en todos los ánimos.

Lady Juana Dudley, mas conocida en la historia por su nombre de familia Juana Grey, tuvo conocimiento el día antes de su alto destino, ó mas bien, como se esplicó en aquella ocasión, de su funesta suerte.

Hacia tres días que había fallecido Eduardo VI. Northumberland había tenido secreto este acontecimiento, esperando alucinar durante algun tiempo, por medio de falsos despachos, á las dos hermanas del finado monarca, las princesas Isabel y María; pero habiendo sabido que, á pesar de todas sus precauciones, tenían ya conocimiento de tan importante noticia, resolvió quitarse la mascara y proclamar reina á su nuera.

Al efecto se trasladó á Sion-House, seguido de varios individuos de su consejo privado, y anunció á Juana que, en virtud de cartas-patentes del último rey (documentos que había obtenido á fuerza de intrigas) estaba llamada á sucederle en el trono.

Lady Grey se apresuró á declinar el rango supremo que le ofrecían, haciendo valer decididamente los derechos de las hermanas de Eduardo, y añadió:

—No soy tan joven que ignore los desengaños que nos guarda la fortuna y que no sepa su traerme á ellos. Si nos enriquece, solo es para despojarnos; si nos eleva, para hundirnos: el que ayer era objeto de sus favores, se convierte hoy en juguete de sus caprichos. Si hoy consentí en que me favorezca con una corona, tal vez me será preciso devolverle mañana la corona y regalarle la vida. Por otra parte, ¿qué trono me ofrece su páfida mano? Un trono arrancado con violencia y sin decoro á Catalina de Aragón; un trono regado con la sangre de Ana Bolena y de otras. ¿Por qué pues quereis que mi sangre se mezcle con la suya? ¿Por qué quereis adornar una víctima mas para el sacrificio?

Persistió de este modo durante mucho tiempo en su negativa; mas vencida al fin por las instancias de sus parientes, y sobre todo por las ardientes súplicas de su esposo lord Guilford Dudley, á quien amaba apasionadamente, cedió...



Las tres reinas.

Conducida al día siguiente, como hemos dicho, á Durham-House, en el Strand, recibió los homenajes de sus súbditos y tomó parte en un suntuoso banquete, antes de dirigirse con gran pompa á la Torre de Londres, donde la costumbre exigía que los monarcas de Inglaterra se aposentaran en los primeros días de su reinado.

En el momento de su partida para aquella antigua fortaleza, palacio y cárcel de testas coronadas, es cuando da principio esta crónica.

Dos graves personajes, que formaban parte del cortejo, á saber, Cranmer, arzobispo de Cantorbery, y Ridley, obispo de Londres, ambos jefes de la iglesia reformada, bajaban por la gradería conversando. El primero, despues de pasear sus miradas por la multitud que rodeaba á Durham-House y que permanecía inmóvil y muda, dijo á su interlocutor:

—Este silencio no es de buen agüero, milord; si no me en-

tante, no nos parece fuera de propósito consignar algunos pormenores acerca de su persona. Era de estatura poco mas que mediana, delgado y musculoso; su atezado cutis parecía aun mucho mas moreno, por el contraste que ofrecía con su barba y sus bigotes enteramente blancos; tenía la nariz larga y aguilena: sus ojos brillaban extraordinariamente, y pocas personas podían sufrir el efecto de sus severas é investigadoras miradas. Había en sus modales y en la espresion de su fisonomía un no sé qué misterioso que inspiraba temor; y como nunca había perdonado una injuria, ni rehuído medio alguno de venganza, se le respetaba con justo motivo. Diplomático hábil y astuto, dueño de la confianza del mas poderoso monarca de Europa, poseedor de inmensos tesoros, enemigo implacable, amigo páfido, amante poco seguro, alma de todas las intrigas políticas y de todas las conspiraciones, Simon Renard fué, durante algun tiempo, el asombro y el terror de la corte de Eduardo: también era objeto de las sospechas y del miedo de Northumberland, que le consideraba como un adversario peligroso, y entre estos dos hombres de estado habían surgido ya frecuentes disputas. El duque sin embargo, en la crítica situación en que se encontraba, juzgó prudente imponer á su animosidad una tregua exigida por las circunstancias, y acercarse á su antagonista, cuyas malas disposiciones, declaradas ostensiblemente, podían serle muy perjudiciales.

Dotado de mas mérito que el que necesita un cortesano, pero sin la resolución, sin la capacidad superior de su colega, Noailles no era capaz de habérselas contra Renard, si se hubiesen encontrado en recíproca oposición; pero un odio comun los unía, pues ambos eran enemigos irreconciliables de Northumberland, y habían jurado su pérdida así como la de la reina que había dado á su país.

Apenas se vieron sentados en su barca, cuando separándose del séquito que les acompañaba, dieron principio en voz baja al diálogo siguiente:

(Continuará.)

Las grandes verdades y los altos pensamientos son de todos los tiempos, de todas las edades, y propiedad de todos los grandes talentos y de todas las almas abiertas á las inspiraciones del patriotismo. Hay en la idea de union de España y Portugal algo que es innato en todo pecho español, el primero de los sentimientos que nos legaron nuestros padres, el faro hácia el cual han querido caminar todas las grandes inteligencias de nuestra patria. ESPRONCEDA, en 1841, doce años háce, escribía en *EL PENSAMIENTO*, un periódico literario de aquel tiempo, como hoy, con menos genio ciertamente, se escribe en todos los diarios de Madrid y de las provincias, y esperando impaciente que la Providencia nos enviará un día una inspiración, un momento en que dos pueblos hermanos se estrechen, en que dos naciones se constituyan en una gran nación, marcaba la huella que debían seguir los gobiernos del porvenir y los grandes partidos de la España constitucional.

Estos artículos, que parecen escritos hoy, serán leídos con vivo interés, con ese interés



Las tres reinas.

que se comunica á una voz elocuente que sale del sepulcro para marcar á las generaciones venideras lo que las generaciones pasadas no pudieron conseguir. Hélos aquí:

ESPAÑA Y PORTUGAL.

I.

Quando los pueblos tienden la vista por la inmensa hoja del tiempo, y leen en ella su origen que la antigüedad ennoblece, sus primeros esfuerzos, las glorias y las hazañas de sus mayores, su orgullo se escita, su pensamiento se engríe, late satisfecho su corazón, y un generoso sentimiento los impele á grandes hechos y maravillosas empresas. El espíritu de nacionalidad que crearon las tradiciones que se dividen y esparcen con las familias, juntan en un pensamiento único las diversas tendencias, las organizaciones mas distintas de los habitantes de un mismo país, reúne y mancomuna los mas opuestos intereses, forma una necesidad absoluta de todas las necesidades particulares, y crea, en fin, la palabra mágica patria. Menester es haber vivido lejos de los suyos con el enigma del proscrito en la frente, y el corazón llagado de recuerdos, solo entre la multitud que desconfía del extraño, pobre y sin valimiento propio, y en medio de los que nacieron juntos y juntos viven; menester es haber despreciado la riqueza del extranjero comparándola con la pobreza del suelo pátrio, haber visto las mugeres pasar desdeñosas, y trayendo á nuestra memoria las que con sus miradas halagaban nuestro deseo, y derramar lágrimas de envidia y de amargura, solo, infeliz, en medio de tantos felices, para comprender, para sentir la patria, para no poder pronunciar jamás tan dulce palabra sin conmoverse. Los pueblos valen pues mientras domina en ellos el sentimiento de su nacionalidad.

Y cuando decrepitos y degradados, como un corrompido aristócrata que se complace en contemplar los retratos de sus esforzados abuelos, registran los anales de sus hazañas y aun se jactan de su antigua fuerza, todavía irritado en ellos su orgullo, resisten la conquista, se sublevan contra el invasor, y cediendo en su debilidad, sométese sí á la fortuna que los sujeta, pero no se dan jamás por vencidos. Muchos son los ejemplos que la historia ofrece de países que sujetó la fuerza, y que tarde ó temprano rompieron el yugo de la dominacion extranjera, que no respetó sus costumbres, ajó sus fueros y despreció el sentimiento de nacionalidad que al fin se despertara en ellos. Los grandes ejércitos, las invasiones poderosas no dejan mas resto de sí que grandes ruinas y lastimosas devastaciones, y pasado el primer espanto infunden odio eterno contra sus tiranos en el pecho de los vencidos. El siglo actual puede decirse que ha visto las últimas masas de hombres sirviendo á la ambicion del genio, formadas y organizadas para emprender conquistas. Napoleon, á quien pudiera llamarse el último Carlomagno, instrumento sublime de los destinos del mundo, ha servido de término en la série de siglos que trascurre desde la monarquía feudal hasta la nueva era de los pueblos libres.

Su gloria y su poder inmenso cierra el cuadro de las monarquías absolutas. Es el último aliento de la gloria militar que con él espira; su manto real el último que cubre los hombros de un poderoso monarca, y complemento magnífico de la gran revolucion que ha trastornado la faz del mundo, se presenta á decirle: «hé aquí el mas grande de los guerreros, el hijo del pueblo, el genio escogido, el rey mas obedecido y poderoso, el privado de la fortuna.» Pero todavía con cualidades tan grandes, con tanta fuerza, con poder tan extraordinario, no basta, pueblos, á hacer vuestra felicidad, á renovar la sociedad corrompida, porque solo podeis labrar á fuerza de lucha y tiempo vosotros vuestra felicidad; porque la sociedad se formula á sí misma; porque el hombre mas grande y elevado sobre vuestros hombres vive una hora apenas en la vida de la humanidad.

Napoleon agotó cuanto en pompa y en grandeza habian creado los anteriores siglos, usó las fiestas y regocijos públicos, vulgarizó las palabras sagradas que conmovian con su magia los corazones, y entregando al cuchillo del análisis religion, gloria y recuerdos, presentó la sociedad como un cadáver que engalanáran falsos oropeles y brillantes piedras. Aquella mano plebeya que habia osado arrancar las coronas de la frente de los reyes, y que, despojándolos de su aparato, los presentó como hombres flacos á la faz de sus asombrados vasallos, empuñó la espada del conquistador para desnudar sus tronos, y su mision cumplida, dejó á los pueblos que completasen su obra. Las guerras pues de conquista acabaron con Napoleon; el templo de la gloria militar se desmoronó con su idolo, y nuevos caminos se abrieron á la civilizacion del mundo, obra inmensa que para llevarse á cabo necesitaba del concurso general de los pueblos.

Al estruendo de las armas sucedió la voz de la predicacion y de la ciencia; multiplicáronse los medios de comunicacion entre los pueblos; estrecháronse mutuamente sus alianzas; las distancias se acortaron, y un sentimiento único, la idea, en fin, de mejorar su condicion desgraciada, hizo que se mirasen como hermanos los



Las tres reinas.

que hasta entonces se habian mirado como enemigos. Este trabajo largo y penoso, sometido al instinto generoso de la humanidad, está todavía muy lejos de haber tocado á su término. Los escombros de los tiempos pasados y hasta las tiendas levantadas por los hombres en su largo viaje para abrigarse y vivir el presente, embarazan aun el camino y ocupan gran parte del terreno donde hubiera de empezar á levantarse el edificio del porvenir.

Los intereses antiguos que vacilan; las preocupaciones que como la luz al morir, sacan fuerza de la propia debilidad; los vicios y errores que crean nuevamente intereses perjudiciales hasta abrirles ancho canal por donde se esparzan fecundando, y que permanecen ahora estancados; la duda misma, compañera del análisis que ha deshecho todo y nada crea, y que viene medrosa á mezclarse en todas las combinaciones para lo futuro; las necesidades actuales que se complican, y

á que hay que acudir forzosamente, son otros tantos obstáculos al cumplimiento de la inmensa obra emprendida, y multiplicándose y confundiendo, rinden las almas débiles y trastornan los entendimientos medianos. Pero pasó la época en que la condicion de las naciones era ser esclavas ó dominadoras.

Las conquistas han llenado su inmensa mision en la historia. Roma reunió los pueblos para recibir la comunion cristiana; Napoleon los preparó para cumplir el fin á que aquella religion los conducia, á conocerse, á hermanarse, á unirse en una sola familia. La voz de paz á los hombres de buena voluntad sonará en las alturas, y los hombres se darán las manos al oirla. Las fuentes del bien y el mal se confunden y mezclan de modo que del manantial mas puro la corriente se envenena por último y pudre y daña cuanto riega, mientras que purificándose las aguas corrompidas en su origen, llevan las mas veces fecundidad y riqueza por donde pasan. Las calamidades de la guerra impusieron con el sello profundo de su fuerza la marca que á la sociedad moderna distingue, el espíritu mercantil, mezquino en su principio y siempre impulsado por el sórdido estímulo del interés, creciéndose y dilatándose; ha construido, en fin, los caminos de hierro, ha aplicado el vapor á los buques, y vehículo pacífico de las nuevas ideas, estrecha los vínculos de los pueblos mas distantes de la tierra y que apenas se conocian.

Cierto es que en nuestra época de lucha y de transicion este espíritu se ha apoderado de todos los corazones, y elevada la aristocracia del dinero sobre la del talento, la de sangre y la de fuerza, ha sofocado por un momento todas las pasiones nobles. Desgracia quizá inevitable, necesidad lógica, que si ahoga un siglo entero con sus especulaciones, acaso de interés ruin, llevará á los siglos futuros con su codicia las ideas generosas, las pasiones altivas, los sentimientos buenos, y los esparcirá y cambiará con sus mercancías por todas partes. A nosotros nos ha tocado la suerte, triste á la verdad, de aquellas tropas que abandona el general al cañon enemigo, para salvar con su muerte todo el ejército. Las almas generosas suspiran en vano por el porvenir, ó vuelven tímidas los ojos á lo pasado, huyendo de un siglo que si bien prepara para lo futuro grandes escenas, se halla ocupado ahora en el trabajo mecánico, y aunque *mañoso*, mezquino, del afanoso artífice.

La discusion embarazosa, enemiga del genio altanero y ejecutivo, se ha apoderado del campo político, entregado hoy en Europa á la medianía; y como la paciencia es el don de estos talentos, y el trabajo del siglo actual es de paciencia, justo es y necesario que ellos ocupen los primeros puestos. Todo el porvenir del universo está apenas á distancia de un día en el pensamiento del genio, y á millones de leguas lo colocan los inconvenientes y obstáculos que pone la práctica. Las medianías, representantes verdaderos de la época, siguen tejiendo la tela social con mas ó menos tino, pero sin impacientarse nunca. La Europa hoy dia es una gran fábrica de trabajadores avaros. Temeroso cada taller del vecino, se rodea de hombres armados para imponerse temor unos á otros, enmascarar el miedo y amenazarse sin embestirse nunca. Si alguna imprudencia, ya de algun jefe de taller mas atrevido, ya de alguno de los dependientes armados, amaga al parecer hostilidades inevitables entre uno, dos ó mas talleres, las bravatas y las amenazas se truecan en palabras de cortesía y mútuas satisfacciones en que el honor suele sacrificarse al interés, vienen á terminar tan espantosa crisis que parecia iba á envolver en desastres sin número la gran fábrica. La situacion de Europa es la del ánimo acobardado y receloso; los restos del antiguo régimen disputan el terreno á los nuevos usos: obligados á ceder, se mezclan y confunden con ellos para no abandonar el puesto, y la desconfianza penetrando en unos y otros, cualquiera grito es de alarma, cualquiera chispa una conflagracion universal que abrasará los ya gastados hilos, apenas levisimas ligaduras de la confusa sociedad moderna.

No es España, á pesar de su situacion topográfica, que parece aislarla del resto de la Europa, la que menos sustos ha causado ni la que da menos motivos de sobresalto. Envuelta en una revolucion política y dividida en partidos que aunque fatigados y sin fé, pelean sin embargo obstinadamente, combatidos sus pueblos por siete años de guerra civil tan encarnizada como poco gloriosa, y habiendo sido el desórden una necesidad de nuestro gobierno, que entre inmensos apuros á toda costa y á cualquier precio, tenia que acudir á imperiosas exigencias del momento, mas de una vez en su lucha ha llamado con susto la atencion de la Europa entera. Sus puertos, los mejores del Mediterráneo, ofreciendo ventajosa alianza á la Inglaterra, esta nacion ha intentado siempre abrir franco mercado en nuestro país á sus mercancías con menoscabo de nuestra industria. Próxima á estallar la guerra, complicados los negocios de Oriente, la Francia, nuestra natural aliada, ha vuelto tambien los ojos á España, codiciosa de estrechar los vínculos que la estraviada política del gobierno francés habia relajado últimamente.

Y concluida la guerra con un aguerrido y numeroso ejército, y preparándose la paz á abrir algun dia fuentes de verdadera riqueza, aunque todavía envueltos en la mezquina lucha de



Las tres reinas.

intereses parciales, tiempo es ya de ensanchar nuestras miras y echar una ojeada sobre el mundo político que nos rodea. Lejos de nosotros la idea de aconsejar al gobierno cómo ha de obrar inmediatamente. Escritores de un periódico de literatura, nos contentaremos solo con hacer algunas reflexiones sobre una cuestión quizá la más importante para la península. Pocos días hace los ojos de los españoles se volvían hacia Portugal; numerosos cuerpos de tropas se acercaban á sus fronteras; la cuestión del Duero amenazaba ser causa de un rompimiento entre estas dos naciones hermanas, y grandes preparativos de guerra se dispusieron por ambas partes. Felizmente, como es hoy costumbre, los negocios se arreglaron amistosamente, y no pasó de un nuevo susto tanta amenaza. Pero la cuestión ha quedado en pie sin embargo. La península para llegar á ser una gran nación necesita reunirse. La mano está separada del brazo, y Tajo y Duero, arterias fecundísimas de nuestro cuerpo, cortadas á deshora, van á morir en un mar extranjero. Portugal, acosado por la Inglaterra, que lo ahoga con su política, conserva solo un recuerdo de su antigua gloria, y en su mal entendida vanidad, vuelve contra nosotros un odio que alimentan con ánimo los interesados isleños.

En nuestro orgullo los españoles solemos reír de su debilidad y su arrogancia, y unos y otros, en vez de unirnos y enlazarlos íntimamente por nuestro mútuo interés, servimos con nuestras rencillas y femenil rencor á nuestra astuta aliada. Fuerza es que nos convenzamos; los portugueses jamás perderán el noble instinto de su nacionalidad ni aun vencidos y subyugados. Ese rincón de la península cuenta entre mil guerreros y conquistadores ilustres los Gamas, los Albuquerque, los Castros; sus marinos abrieron la senda á las expediciones atrevidas, y la voz de Camoëns, sonora y poderosa, atruena todavía el mundo cantando las hazañas de aquellos héroes. La mal entendida política de Felipe II alejó de nosotros la buena voluntad de los portugueses; su orgullo herido los convirtió en enemigos nuestros irreconciliables, y todavía aquellas preocupaciones quedan arraigadas hondamente en el corazón de nuestros vecinos. La dificultad de comunicaciones entre los dos países ha levantado una barrera, que, como la muralla de la China, los separa completamente de nosotros.

Los ingleses han abierto su mercado en Lisboa y han reducido á la capital todo el reino. Y mientras por todas partes anchos canales dan franco paso á las relaciones de todos los pueblos, estamos mas lejos de nuestros naturales hermanos que de las naciones mas extrañas. Considerar pues cuál será el mejor medio de unir estos dos hijos de una misma madre y formar un solo pueblo, fuerte y poderoso, de los que dividiera una rivalidad equivocada y la codicia y el egoísmo del extranjero, hé aquí la obra que brevemente nos proponemos examinar.

II.

Desde el tratado de Methuen en 1709, los ingleses, apoderados casi exclusivamente del comercio de Portugal, convirtieron este reino en una colonia dependiente de la Gran-Bretaña.

Aquellas escuadras, las mas numerosas y aguerridas que en el siglo XV osaban cruzar los mares; aquellos tesoros que de las mas remotas partes del mundo venían á coronar y añadir lustre á la soberana del Atlántico, tantos triunfos, glorias tan resplandecientes, tanto poder, toda la grandeza, en fin, de tres siglos, habia para siempre desaparecido. Imperio tan poderoso enterrado en los desiertos arenales de Africa, cuando la temeraria expedición de su rey D. Sebastian, roto y destrozado, y á merced de imbéciles pretendientes que su corona se disputaban, quedó en tamaño infortunio abierto á la ambición del extranjero y la codicia del mas atrevido.

Ayó sus pretensiones nuestro rey Felipe II con un aguerrido ejército de 50,000 hombres, y la espada vencedora del duque de Alba, arrollando las mal dirigidas huestes del prior de Ocrato, sentó sobre el trono, poco hacia tan brillante de Juan II, la tiranía y la oscura política del sombrío heredero de Carlos V. Sujetó y humilló esta conquista á los portugueses; pero en su corazón agraviado se aumentó el odio que hacia ya mucho tiempo la rivalidad de ambos reinos habia engendrado; semetiéronse á la fuerza, y soportaron el pesado yugo que la imprudente política de Felipe les imponía; pero ni un día solo pasó desde entonces sin que irritados de opresión tan injusta, royesen con coléricos dientes los eslabones de su cadena. Lloraban de dolor y de indignación los buenos de aquella nación desgraciada al ver cada día arrancado un florón de su corona mal defendida y abandonada por el descuido é ineptitud de sus tiranos.

Aquellas colonias tan ricas, teatro de tantas hazañas y glorias, padron de los esfuerzos de tantos héroes, una por una desmembrándose de su antigua metrópoli, pasaban á ser patrimonio de los holandeses y de los ingleses, quitando á sus antiguos dueños cada uno de estos despojos, hasta la esperanza de que libre y regenerada su patria pudiese recobrar ya nunca el esplendor y la grandeza de los pasados tiempos. El rencor mas íntimo se alimentaba y crecía en los pechos de los portugueses, y la estúpida política del gobierno español, aumentándolo cada vez mas, no parecia sino que se empañaba en separar dos pueblos que la naturaleza habia unido, y en alejar sus corazones con mútuo desden y odio, convirtiendo en enemigos irreconciliables á los que habian nacido para amarse como hermanos.

Lastimaba continuamente el corazón de los portugueses el recuerdo á su nacionalidad herida y ajada con insolente bafa, imprudentes y tiránicas vejaciones. Comunicaban poco entre sí ambos pueblos, y solo por medio de los representantes del poder que los oprimían, y encastillado el portugués en su odio, y desdeñoso el español en su orgullo, mirábanse unos á otros siempre la cólera en el corazón y la mano pronta sobre el puño de su espada. Tan desacertada conducta, tantos ultrajes, que tomando su origen en la tiranía y desordenada marcha del gobierno español, pasaban sin perder su odioso carácter hasta las últimas clases del estado deslumbrando á unos y otros en sus verdaderos intereses, ofrecían fértil campo para sus especulaciones políticas á los extranjeros, naturales enemigos de una nación que agitaba entonces por espíritu de religión y de heroísmo la Europa entera, y cuyas leyes se obedecían en las mas remotas partes del mundo.

Ni se descuidaron tampoco los portugueses. Presentóseles buena ocasión durante la desastrosa administración del duque Olivares: dirigió el célebre Pinto Riveiro la conspiración, y á despecho de la debilidad y flaco ánimo del duque de Braganza, llegó el día, en fin, tras tantos afanes, de romper el yugo castellano, y levantar el trono independiente de Portugal. ¡Vanos esfuerzos! El último que habian hecho, agotando todos sus recursos, ya muy escasos después de tantos trastornos, quebrantos y despojos, dejó aniquilado el reino y sin brio para llevar adelante la empresa que habia empezado: no era ya Portugal el reino poderoso á quien tributaban tesoros á porfía el Oriente y el Occidente, y Lisboa, su gran capital, habia ya dejado de ser el primer emporio mercantil del mundo.

Dueños de la mayor parte de las colonias los extranjeros, y su marina arruinada, en vano su excelente posición sobre el Atlántico brindaba á los portugueses con tierras lejanas y nuevas conquistas: Portugal, reducido á pobre rincón de la península, ó habia de sucumbir por último á las desproporcionadas fuerzas de su entonces odiosa vecina la España, ó para salvar aparentemente al menos su independencia, comprar á precio muy caro la alianza y protección de la Gran-Bretaña. ¡Triste condicion de las naciones que tienen por amigas á otras mas poderosas!

En vano un hombre de ánimo generoso y elevado, y dotado al mismo tiempo de una voluntad de hierro, se esforzó en levantar de su abatimiento, y dar vida á aquella máquina descompuesta. El marqués de Pombal comunicó su energía, sin embargo, al ánimo desmayado de los portugueses, reedificó á Lisboa, armó una marina respetable, protegió las artes, cultiváronse en su tiempo las bellas letras, y reanimó la industria; pero los veinticinco años de su gobierno no eran bastantes para sus proyectos gigantescos, y el estímulo que su genio prestó por un momento al estado podria compararse al que recibe un cuerpo muerto por medio del galvanismo.

En lucha abierta con todas las preocupaciones y los mezquinos intereses de su época, Pombal sostuvo una guerra á muerte contra los nobles que le envidiaban y los jesuitas que le temían, acosado por continuas conspiraciones, y sostenido únicamente por su propia energía y su rigurosa severidad. A la muerte de José I, sus enemigos prevalecieron en el ánimo de la reina María, y quedaron para mucho tiempo desvanecidas las esperanzas de los buenos portugueses.

La debilidad, el cohecho, las mas viles pasiones sucedieron al plan metódico y ordenado del desgraciado ministro: el pueblo portugués, sumido en la ignorancia y el abatimiento, y perdida su antigua energía, dejaba hacer á sus gobernantes, que mezquinos y nulos se encorvaban delante del extranjero, que se aprovechaba de sus desaciertos, y solo de tantos recuerdos habia quedado en el corazón de los portugueses una ridícula y apática ojeriza hacia sus vecinos los españoles. Atizábanla con interesadas miras los ingleses, y la alianza de Napoleón con la corte de Madrid ofreció ocasiones mil para alimentarla últimamente con maña.

El ejército portugués, mandado durante la guerra de la independencia por jefes y generales ingleses, si probó con sus hazañas que en nada habia degenerado el antiguo valor lusitano, no manifestó menos al mundo, peleando á las órdenes de los extranjeros, el estado de sumisión y abatimiento en que su nación se encontraba. Pero la aurora de la libertad de la península empezaba ya á radiar en el campo político, que antes ennegrecían con su sombra el despotismo, desbarate y trastornada dirección del mal gobierno. Con el amor de la libertad renació el amor á la independencia, y Portugal poco á poco logró al menos hacer mas disimulado el yugo de su aliada mas íntima. Pero, ¿lograría sacudirlo enteramente? Agotadas sus rentas, sin marina, sin industria, perdidas sus mejores colonias, erigido el Brasil en imperio independiente, ¿seguiría Portugal en la misma desigual alianza con una nación marinera y mercantil que lo consume, y de la cual al cabo de tanto tiempo de amistad íntima no ha logrado otros auxilios que aquellos que por su propio interés le convenia prestarle? Lejos de nosotros el deseo de que fueran enemigos Portugal y la Inglaterra, y ni se crea que tratamos de culpar á esta nación por sus procedimientos con aquel reino.

Tan contrario es á nuestra opinión lo primero, cuanto que nosotros militamos bajo la bandera de fraternidad y union entre los pueblos, y jamás acriminaremos de poco generoso el comportamiento del gabinete inglés, porque sabemos que siendo la primera ley de la naturaleza la propia conservación, y atendiendo además al proverbio de «amor con amor se paga», seria injusto exigir sacrificios á aquel á quien si alguna vez se acudió demandando favor y amistad, fué mas por necesidad que por simpatía. Pero tiempo es ya tambien que los que hemos nacido en la península miremos por nuestros intereses, y mejoremos de condicion.

Mientras el comercio, el vapor, la industria reuna entre sí los pueblos mas apartados, no olvidemos que Portugal y España ocupan un mismo suelo y forman un solo país, con intereses idénticos y unas mismas necesidades. Que á despecho de las tiranías de nuestros pasados reyes y de la lejanía á que nos han colocado mal entendidas rivalidades y antiguos rencores, nuestro idioma es casi el mismo, nuestras literaturas se han mezclado y confundido hasta el punto de que los mejores escritores de uno y otro país han cultivado con gloria ambas lenguas; que el mismo pensamiento de libertad guia al porvenir á ambos pueblos; y en fin, que las leyes de la naturaleza y razones de conveniencia y de justicia exigen se abran por último francas y fáciles comunicaciones entre hermanos que, reconociendo su error, y pasado el primer calor de antiguas desavenencias, han de abrazarse algun día y para siempre reconciliarse.

No es ya la diplomacia de un rey astuto, que atiende mas á su interés privado y á lisonjear su orgullo, añadiendo un florón mas á su corona, ni mucho menos la ultrajante dominación de la fuerza de un conquistador afortunado, la que hoy día mañosa se ingiere ó poderosa se levanta á imponer caprichosas leyes al mas débil: no: la verdad, las necesidades mútuas, el imperio de la razón son las causas que han de ligar las manos de uno y otro pueblo, nación incompleta y manca la primera, sola y aislada de su vecina, y débil la segunda, y sin porvenir propio, separada de aquella y condenada á sufrir la insolente amistad del extranjero, que necesariamente ha de aprovecharse de su flaqueza.

Hora es ya que los portugueses y los españoles empecemos á conocernos y comprendernos. Rompanos esa barrera que tanto tiempo nos ha separado. Glorioso será el día libre é independiente, se levante, cerradas sus fronteras por el Pirineo, y abierto á su comercio y á sus empresas por el señora por sus puertos del Mediterráneo y del Océano. ¡ah! triste es recordarlo, y en vano el corazón lastimado se esfuerza á templar su pena con tan brillante ilusión y porvenir tan glorioso. ¡Cuán lejos todavía está de nosotros!

Nuestros hombres de estado, en sus nimias y ridiculas combinaciones, no parece sino que apenas tienen fuerzas para entregarse á meros trabajos mugeriles, faltos de ánimo y capacidad varonil para mayores empresas. Envueltos en redes de miedo que les tiende á cada paso su escaso genio, de todo temen, comprenden poco y nada ejecutan, y cuando acabada una guerra civil, parecia que iban á desarrollarse gérmenes de vigor y de grandeza, nos revolcamos aun en el lodazal de nuestra ignominia. ¡Y semejante España á una ciudad abierta y abandonada, no sostiene mas trato con sus vecinos que el que ellos, cuando bien les parece y por su propio interés le conceden, entrando en ella á ultrajarla y aprovecharse de su desventura! Mal hora aquella en que el sol nos alumbraba para ver ajado nuestro pabellón en Cartagena, hollada nuestra frontera en Navarra, impune y aun premiada la cobardía, y espuestos á la ventura nuestros puertos del Mediterráneo!

Madrid, 1841.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

PELIGRO.

Para evitar el peligro se debe tener en la memoria lo siguiente: evitar el odio de los grandes y el furor del pueblo; temer la propia cólera; no tener trato con ningún químico; no fiarse de médico joven; evitar las equivocaciones de los boticarios, y *et cetera* de los escribanos; ser insensible á lágrimas de muger; no volverse á servir de criado despedido una vez; no dar crédito á juramento de mercader, ni fiarse de la conciencia de un sastre; no enamorarse de muger que no sea virtuosa; no acompañarse con ningún atea; no comer con borracho, ni cenar con jugador; huir de toda familiaridad de hombre que se arruina con pleitos, y de la pluma de un escritor satírico.

PATRIOTISMO.

Un caballero romano llamado Fulvio, habiendo encontrado á un hijo suyo que iba á juntarse con Catilina, le dió de puñaladas diciéndole: «yo no te he engendrado para que sirvas á Catilina contra tu patria, sino á tu patria contra Catilina.»

VIAJE Á LONDRES

DEL LICEO FILARMÓNICO DE COLONIA.

La idea de hacer la sociedad del liceo un viaje al extranjero para dar conciertos en beneficio de la construcción de la catedral de Colonia, no es nueva, pues ya en 1848 se pensó haber ido á París, para lo cual se hallaban muy adelantados todos los pasos preliminares; sin embargo, la revolución de entonces desbarató este plan. En el año de 1850 se trató tambien de efectuar un viaje á Londres; pero los muchos obstáculos que se opusieron á la realización de este plan no permitieron ponerlo en obra hasta este año, y hasta haberse presentado en Colonia el contratista Mr. Mitchell de Londres, el mas arrojado empresario en este género. En 19 de marzo último se presentó dicho señor en Colonia, y apenas habia oído cantar solo á una pequeña seccion del mencionado liceo, cuando lo contrató bajo las condiciones mas honoríficas por seis conciertos de música profana y tres de sagrada, que habian de darse en Londres en el término de quince días contados desde el 7 de junio, por ochenta socios. De cerca y lejos se presentaban cantantes que querian tomar parte en este viaje, y fácil hubiera sido aumentar aquel número á doscientos, trescientos ó mas; pero por un lado los estatutos de liceo y por otro el convenio celebrado con el señor Mitchell no permitieron que el número fuese mayor ni que los cantantes fuesen otros que los socios del liceo. El señor Mitchell se obligó á abonar los gastos de viaje y manutención de los socios durante su permanencia en Londres, cuyo importe total ascendía á 13,000 taalers (unos 200,000 reales), y partía la ganancia líquida después de descontados los gastos.

De día en día creció entre los socios el entusiasmo por esta empresa, y este llegó á su colmo cuando el señor Mitchell envió á Colonia desde Londres, donde habia regresado, el programa del primer concierto con un bosquejo de la historia del liceo y la lista nominal de todos sus socios, á mas una traducción rítmica bien hecha de las canciones del primer concierto.

El viernes 4 de junio emprendió el liceo su viaje por Gante y Brujes, y se embarcó en Ostende para Londres, desembarcando en los astilleros de Blackwall, donde tomó el ferrocarril del mismo nombre á Londres.

El primer concierto tuvo lugar en Hannover Square Rooms (salones de la plaza de Hannover), el verdadero salón de conciertos de la reina, en el cual solo se admiten las personas de la mas alta clase de la sociedad, siendo dicho concierto matutino, y habiendo principiado á las tres y media de la tarde con una composición adecuada á la circunstancia del caballero de Neukomm, y cantándose canciones de Otto, Schaertlich, Mendelssohn-Bartholdy, Zollner, Ries y Kücken. Casi todas las piezas tuvieron que repetirse, y muchos hermosos ojos se llenaron de lágrimas, llegando el caso de aplausos en Inglaterra. En est proporción aumentó el aplauso en los seis conciertos en Hannover Square Rooms y los tres de música sagrada en Exeter Hall, hallándose completamente llenos estos últimos

de pesar de haber mas de tres mil personas en el local. Los resultados fueron mas que brillantes, y llenaron, no solo las esperanzas mas atrevidas, sino aun las mas ilusorias. En las márgenes del Támesis ha obtenido la cancion alemana un triunfo como no ha logrado ni aun en su misma patria; y al liceo de Colonia bajo la direccion de su inteligente maestro de capilla Weber le cabe el mérito de haber proporcionado al canto alemán entrada en la Inglaterra de una manera digna, y de haberlo hecho una cosa favorita de la alta sociedad. En su primer concierto recogió el liceo tantos y tan grandes aplausos, que el mismo Mr. Mitchell manifestó por escrito y con las expresiones mas lisonjeras que ninguna de sus muchas empresas le habia hecho tanto honor como la suerte que tuvo en haber traído el liceo a Londres. Entre los solos hicieron un verdadero furor el bajo, señor M. Dumont-Fier, con la chanzoneta española de Reichardt, y el tenor señor A. Pütz, individuo de la junta directiva del liceo, y que sabe y siente lo que es cantar al corazón.

De una manera verdaderamente inusitada en Londres se prodigaron por todas partes al liceo las atenciones y finezas mas distinguidas; era un verdadero afán de hacerle su permanencia en Londres lo mas agradable posible. En todos los teatros principales tenian los socios entrada libre; el museo británico y el jardín zoológico les estaban abiertos en todos los dias en que se hallaban cerrados al público; la junta directiva de la gran *sacred harmonic Society* (sociedad de música sagrada) les habia permitido ya de antemano asistiesen á todos sus conciertos, é igualmente el señor Benedict á la nueva sociedad filarmónica. Todo lo mas interesante vió el liceo y tambien con permiso especial de la reina el interior de los palacios de Buckingham y de Windsor, este suntuoso edificio, verdadero sitio real, tan superabundante en recuerdos históricos y tan raramente accesible á extranjeros que no pertenezcan á las mas elevadas clases de la sociedad.

La excursion á Windsor fué uno de los episodios mas agradables de su estancia en Londres. Mr. Mitchell habia convidado á todos los socios para esta hermosa partida, y los condujo el miércoles 15 de junio á Windsor en un tren especial de primera clase. Al visitar el palacio hizo en todas partes el *cicerone* mas amable y complaciente, no cansándose en dar esplicaciones y llamar la atencion sobre todos los objetos de mas interés. Imposible seria tratar de pintar la magnificencia, el lujo, la riqueza y la elegancia (que se presentan á la vista llena de admiracion y sorpresa) de los cuadros mas hermosos de los maestros de todas las escuelas, de las armas mas preciosas, de los muebles del mayor gusto que se hallan en los regios y espaciosos salones. La armería, la sala de instalacion de los caballeros de la orden de la Jarretera, y la sala de capitulo adornada con los escudos de armas de todos los caballeros de la orden, la sala de Nelson con su suntuoso ajuar de las Indias Orientales, y el busto del gran héroe marino, cuyo pedestal se compone del tronco del mástil de la *Victoria* despedazado por una bala de cañon, y á bordo de cuyo buque halló en Trafalgar una muerte victoriosa. En esta sala se hallan colgados tambien diferentes estandartes, que algunas familias v. g. las del duque de Wellington, de Malborough, etc., tienen que enarbolar aquí anualmente en union de los parientes mas inmediatos como señal de vasallaje, para poder disfrutar sus considerables feudos. Windsor es, tanto en lo exterior como en lo interior, el sitio real mas suntuoso que pueda presentar la Europa, y del cual puede enorgullecerse aun la misma Inglaterra.

Desde Windsor fué la comitiva á Richmond, donde en el Castle Hotel (fonda del castillo) esperaba á los cantantes un banquete mas que brillante. Pero ¡cuán grande fué la sorpresa de cada uno, cuando debajo de las servilletas de cada cubierto se encontraron hermosas medallas, que el señor Mitchell habia mandado acuñar en memoria de la presencia del liceo en Londres. En la cara principal se hallaba la inscripcion siguiente: *Mr. Mitchell to the Kolner Maenner Gesang Verein to commemorate their successful performances in London. 1853.* (Mr. Mitchell al liceo de Colonia en memoria de sus producciones admirables en Londres. 1853.) El revés presentaba una lira perfectamente trabajada. Los brindis mas alegres y sinceros animaban la comida, y hacian correr al Champagne pródigamente hasta que toda la reunion siguió á la invitacion de hacer una excursion en el Támesis. Unas veinte barcas acogieron á la alegre sociedad, y todo el mundo se hallaba encantado de los atractivos inesplicables que ofrecen aquí las márgenes del rio, máxime cuando se ha suspirado largo tiempo debajo de la presion de la atmósfera de Londres. Pasóse la tarde con cánticos y ejercicios gimnásticos. Cuando se sirvió el café, cantó el liceo aun algunas piezas, y tributó las gracias a una sociedad inglesa que en una de las salas accesorias estaba comiendo. Desde Richmond prosiguió á Vauxhall por el ferro-carril, esto es, de la magnífica naturaleza á la confusa agitacion de la vida nocturna de Londres; de este modo tan rápido es como cambian en todas las cosas los contrastes.

Desde el primer concierto se habia anunciado la asistencia de la reina; pero las circunstancias lo habian impedido. Una vez eran las carreras de caballos en Ascot, otra la cuestion turca, otra la fiesta de las flores en Chiswick, y por último la visita del rey y de la reina de Hannover, los motivos que parecian querer frustrar este deseo. En la noche del segundo concierto en Exeter Hall, donde el organista Schneider de Dresde adquirió tan abundantes y bien merecidos laureles, recibió el liceo la invitacion de presentarse en palacio; no pudo sin embargo á causa del mismo concierto acceder al deseo de la reina. El lunes siguiente por fin se repitió la indicada invitacion, y entonces fué dado al liceo presentarse á las nueve de la mañana en el palacio de Buckingham, donde se le recibió con la mayor atencion y cantó una pieza en el jardín delante del pabellon principal, siendo después conducido por orden de la reina al magnífico vestíbulo del palacio. A poco rato se presentó la reina acompañada de su esposo y rodeada de sus hermosos y robustos hijos, con una sola dama de acompañamiento. La reina iba vestida de un sencillo traje de mañana, como tambien el príncipe Alberto y sus hijos. Así que se cantaba *Excursion por el rio de Mendelssohn*, olvidábase completamente la majestad de la reina Victoria, y solo habia delante de los cantantes la muger sensible y conmovida, que sin reserva ni temor daba espresion á sus sentimientos puramente humanos y ganaba justamente por esta naturalidad los corazones

de todos. No sabia cómo dar á conocer su entusiasmo, que crecia y se hacia mas vivo después de cada pieza que se cantaba. Casi una hora completa estaba la gran señora escuchando atenta y enajenada las canciones alemanas, que jamás se cantaron con tanto entusiasmo, y de las cuales varias y en particular la de Silcher *Ahora voy á la fuente*, arrancaron lágrimas de ternura á los hermosos ojos de la alta señora. No acertaba á dar palabras á su agradecimiento, y pedia por último repetir otra vez la cancion de Reichardt *¿Qué es la patria del alemán?* Animados del entusiasmo mas apasionado accedieron los cantantes á este deseo, y la reina acogió este sentimiento con la mayor gratitud, lo mismo que una *bienvenida* cuya letra y música habian sido compuestas en la noche anterior por los señores Eisen y Weber, y que cantaron en cuarteto los señores Pütz, Wickop, Dumont y Meyer, con una estrofa del *God save our queen* (Dios bendiga nuestra reina, el himno nacional inglés) se despidieron los cantantes del sitio real, donde habian disfrutado un hermoso momento de la mas dura expansion que nunca se borrará de su memoria.

Al concierto matutino, que en el mismo dia tuvo lugar en el teatro de San Jaime, asistió igualmente la reina acompañada de su esposo, y era entre los muchos espectadores la que con mas atencion escuchaba y la que con mas entusiasmo aplaudia, sobre todo cuando el señor Dumont cantó la chanzoneta española de Reichardt con una maestría dada á pocos cantantes, que arrebató á todo el mundo.

Por la noche fué citada la sociedad á palacio para el gran concierto de corte, donde las grandes notabilidades musicales de Londres se dejaban oír ante lo mas escogido de la alta nobleza de la antigua Inglaterra. La sala de concierto era una gran galería, y la reunion la mas brillante que la Europa quizás pueda ofrecer... Qué esplendor, qué brillo, y lo que es mas y forma un contraste con todas las cortes del continente, no habia ni un solo uniforme, pues la única distincion era la orden de la jarretera. Ambas partes del concierto principiaron y acabó el liceo bajo el aplauso mas marcado que la etiqueta de la corte permitia. Tambien en esta ocasion triunfó la cancion alemana de la música italiana, por mas que Viardot, Clara Novello y Ronconi la produjeron con todo el brillo de la mas completa ejecucion y perfeccion.

En un mismo dia tuvo pues la sociedad del liceo el honor de cantar tres veces ante la reina Victoria y de obtener aplausos unánimes y sinceros. El miércoles se dispuso á petición de muchos aficionados otro concierto matutino en Hannover Square Rooms, y en esta ocasion se despidió el liceo de un modo digno de la gran ciudad que se habia manifestado tan obsequiosa. Al fin del concierto, cuyo efecto nos es imposible pintar, se despidieron algunas señoras, despreciándose completamente del recato inglés, de los cantantes en terminos sumamente atentos, sintiendo que con la ida del liceo se acabarian tambien para ellas los goces mas puros y felices de la estancia. El deber llamaba á la mayor parte de los socios á su país natal, y si el liceo hubiera podido permanecer otras cuatro semanas mas en Inglaterra y hubiera cantado por mera especulacion, podria haber exclamado con Schiller: «Nos embarcamos llenos de oro para las márgenes del Rin.» En diez conciertos se recaudaron 25,000 talers (sobre unos 400,000 reales); por desgracia se habia fijado la entrada en media guinea (unos 50 reales), precio en efecto demasiado módico. Los gastos de viaje del liceo ascendieron á 3000 talers (cálculase el taler en catorce y medio reales y en cien reales la libra esterlina), y de la permanencia en Londres á 12,000 talers, pues solo en coches para ir á los conciertos se gastaron 1000; de suerte que el liceo, después de haber entregado fiel á su divisa: *por lo bello siempre ó lo bueno!* 100 libras esterlinas al hospital de los alemanes en Londres, pudo aun llevar 600 libras esterlinas á Colonia como donativo para la construccion de la catedral de dicha ciudad, cuya cantidad sin embargo puede decirse que salió realmente del bolsillo de los socios, pues este viaje costó además por término medio á cada uno á lo menos 60 talers.

Aun en la víspera del dia de la salida recibió el liceo una carta del secretario particular de la reina, en la cual se espresaba la gratitud mas sincera de la reina y del príncipe Alberto, y se manifestaba la intencion de S. M. de hacer al liceo un regalo en memoria de su estancia en Londres. Una espresion de despedida mas agradable no se podia haber manifestado á los socios del liceo, que añadiendo á las apremiantes instancias del director del panóptico nuevamente construido en estilo árabe, cantáran la noche en la sala principal de aquel edificio, recogiendo aplausos entusiastas, pues se habia mandado por la mañana sacar un retrato fotográfico de la misma, para facilitarles un recuerdo de Londres.

El señor Mitchell acompañó al liceo hasta Dover, y se despidió aquí de los cantantes que habian llegado á conocer en aquel á un hombre de honor. Alegre fué el tránsito á Ostende; en Bruselas se les hizo un magnífico recibimiento, y brillante fué el concierto de la noche siguiente; pero aun mas grandiosa y mas sorprendente fué la fiesta que la ciudad de Amberes, representada por las sociedades filarmónicas, literarias y artísticas, dió á los amigos de Colonia. Aquí habiase puesto en juego todo cuanto pudiese ofrecer á los cantantes por medio de un sincero y brillante recibimiento algunas horas deliciosas é inolvidables.

La vuelta á la ciudad natal el sábado 25 de junio fué para Colonia una verdadera fiesta, digna de anotarse en los anales de dicha ciudad. El viaje á Londres de este liceo ha sido un acontecimiento en la historia del arte musical de Alemania, é igualmente un acontecimiento para Londres.

El regalo que la reina Victoria mandó entregar al liceo por el cónsul inglés de Colonia Mr. Curtis, consiste en un jarro con asa y tapadera de forma antigua inglesa, de plata maciza, sobredorado, de trabajo cincelado, de 15 pulgadas de alto y ocho de diámetro. Es una de aquellas obras magníficas que Walter Scott nos pinta como adorno de las mesas y aparadores en las salas de ceremonia de los grandes de la antigua Inglaterra, y que aun actualmente y en ocasiones solemnes adornan los aristocráticos salones de dicho país para que al final del banquete den la vuelta á la mesa y beban en él todos los convidados, segun uso antiguo de Inglaterra. En el borde de la tapadera se halla la siguiente inscripcion: *Presented by Her Majesty Queen Victoria to the Kolner Maenner Gesang Verein. In commemoration of their having sung at Buckingham Palace upon the 20 the June 1853.* (Regalo

de S. M. la reina Victoria al liceo de Colonia. En memoria de haber cantado en el palacio de Buckingham el 20 de junio de 1853.)

EL SUEÑO DE ORO.

CAPITULO VI.

EL SABIO LOKMAN.

Al siguiente dia llegó al mismo sitio el sabio, filósofo y poeta Lokman, gloria de la humanidad, preceptor de los pueblos y consejero de los reyes, hombre que buscaba siempre la soledad para meditar sobre los grandes misterios del Hacedor supremo. Y Lokman caminaba muy despacio, porque habia cumplido ya trescientos años de edad; pero habiéndose detenido á contemplar el espectáculo que le ofrecian las inmediaciones del árbol del desierto, reflexionó un instante y dijo:

—El cuadro que vuestra divina bondad me pone á la vista encierra ¡oh sublime Creador de todas las cosas! utilísimos preceptos; mi alma admira las grandes lecciones que se desprenden de vuestras obras, y compadece á los insensatos que os desconocen. Hé ahí un tesoro, que habrá costado á su dueño la tranquilidad y la dicha: el lagarto ha visto esas piezas de oro, y su limitado instinto le ha dicho que son pedazos de raíces secas; el pobre Xailoun, rechazado por el mundo, creia encontrar alivio á sus males en el afecto de un animal inmundo, porque su inteligencia no alcanzaba á comprender que hay un ser Todopoderoso, cuya diestra esparce los mas brillantes colores, los dones mas exquisitos entre las criaturas; el faquir Abhoc ha confiado en la timidez natural del lagarto y en la imbecilidad de Xailoun para apoderarse de ese tesoro y hacerse rico para el resto de sus dias; el doctor Abhac ha contado con los derechos de primer poseedor, ó al menos la mayor parte; el rey de las arenas ha concebido proyectos de matanza, como hombre rebelde á la doctrina de nuestro Dios y Señor del Universo, y se proponia degollar á los que han acudido antes que él, segun se deduce de la desesperacion con que su mano empuña el alfange. Y los cinco se han dormido para siempre á la sombra envenenada del *Upas*, cuya funesta simiente ha arrojado aquí la cólera celeste desde el fondo de los bosques de Java.

Después de haber pronunciado Lokman estas palabras, se prosternó humillándose ante la omnipotencia de Dios: después añadió:

—El respeto que se debe á los muertos nos prohibe abandonar sus despojos mortales á la voracidad de las fieras. Los vivos juzgan á los vivos, pero los muertos pertenecen á Dios.

Y al punto abrió en la arena tres fosas: en la primera puso al faquir Abhoc, en la segunda al doctor Abhac, y en la tercera al rey de las arenas.

—A tí, Xailoun, murmuró el sabio, te conduciré fuera de la influencia mortífera del árbol emponzoñado, para que tus amigos, si te quedan en la tierra después que ha muerto el lagarto, puedan venir á llorarle sin riesgo; y obraré así contigo, hermano mio, porque has dado pruebas de tu caridad estendiendo tu chaqueta sobre el lagarto para preservarle del frio.

Lokman llevó el cuerpo de Xailoun muy lejos de allí y le destinó un hoyo en una suave eminencia, que los manantiales del desierto bañaban continuamente sin inundarla, y bajo unos árboles cuyas flotantes ramas solo esparcian perfumada frescura. Después fué á buscar el lagarto y abrió para él el quinto hoyo á los pies del de Xailoun en un ribazo mas espuesto á los rayos del sol naciente.

—Dios me libre, dijo, de separar en la muerte á los que se han amado.

Pasóse en seguida la mano por la barba, reflexionó, volvió hácia el árbol emponzoñado, abrió un hoyo profundísimo y enterró en él el tesoro, murmurando con placer:

—Esta precaucion puede salvar la vida de un hombre y la de un reptil.

Lokman se dirigió acto continuo y muy fatigado á la fosa de Xailoun, y sintiéndose desfallecer por su avanzada edad, se sentó: poco después le faltaron las fuerzas, elevó su alma á Dios, y exhaló su último suspiro. Hasta aquí la historia del sabio Lokman.

CAPITULO VII.

EL ESPÍRITU.

Al dia siguiente apareció en el aire uno de esos espíritus benéficos con que Dios endulza nuestros sueños: acercábase á la tierra, se remontaba, parecia perderse entre el azul del firmamento, volvía á bajar, y se cernia en una altura que el pensamiento del hombre no puede medir: por último se acercó á la eminencia del desierto y acarició con sus alas la fosa recién cubierta de Xailoun.

—¡Ah! exclamó, el cielo te espera, porque has sido inocente y sencillo.

Después vió al poeta dormido en los brazos de la muerte y le dijo:

—Tambien tú has querido rejuvenecerte á fuerza de virtudes para acercarte á nosotros; pero la ceguedad de los hombres no les deja aprovecharse de tu ejemplo ni de tus lecciones. Ven, hermano mio, y sígueme á la presencia de Dios.

Diciendo así, tocó con sus alas el rostro de Lokman y desapareció en el espacio. Hasta aquí la historia del espíritu.

CAPITULO VIII.

FIN DEL SUEÑO DE ORO.

Lo que acabo de referiros aconteció infinitos siglos atrás, y el nombre del sabio Lokman no se ha borrado desde entonces de la memoria de los hombres. El árbol emponzoñado estiende tambien eternamente sus ramas, cuyas sombras esparcien la muerte entre los frescos manantiales que representan las dulzuras de la vida. Hasta aquí la historia del mundo.

LA HABANA.

ASPECTO DE LA CIUDAD. — PANADEROS. — LA PLAZA DE ARMAS. — LAS REJAS. — EL QUITRIN. — PASEO DE TACON.

Los seis grabados que acompañan á este artículo representan los objetos con que lo encabezamos, y que vamos á describir brevemente á nuestros lectores, por creerlos dignos de ocupar algun espacio en las columnas de la ILUSTRACION.

Magnífica y sorprendente es la perspectiva que ofrece la capital de Cuba desde el macho del castillo del Morro, primer monumento que descubren los buques, mientras esperan en el canal de Bahama el soplo de la brisa que los conduce al puerto. El Morro es tambien el segundo gigante de la isla por la costa del Norte; el primero que se encuentra es el *pan de Matanzas*, y desde ambos se domina una vasta estension de agua, que amenaza sumergirlos entre su bullidora espuma, y que celosa del estorbo que oponen á su furor aquellas enormes moles de piedra, se precipita contra ellas en impetuosos torbellinos, remontándose hasta sus mas elevados murallones y picachos.

La Habana es uno de los mas hermosos puertos del mundo; y pocas, acaso ninguna bahía presenta mayor número de buques de todas las naciones. Fecundados por el sol y bajo el azulado cielo de los trópicos, se dibujan en sus campiñas todos los primores de una vegetacion tan nueva como pródiga: líneas de palmeras, de cocoteros, de naranjos, de mangos, de cedros y de caobos; casas de una blancura resplandeciente, edificios suntuosos, como la *Catedral*, el *Palacio del Gobierno*, la *Cárcel nueva*, el *Teatro de Tacon*; paseos deliciosos, como el que lleva el nombre de este general, la *Alameda de Paula*, la *Plaza de Armas* y el que antes se llamó *Campo de Marte* y hoy con el nombre de *Campo Militar* termina en la *Punta*, convierten á aquella envidiable ciudad en una mansion de encantos. Sus calles son hermosas, claras, anchas y rectas, y entre todas merece la preferencia la de la *Muralla*, que da principio en la *Plaza vieja* y fin en la *Puerta de tierra*, por la multitud de establecimientos mercantiles que contiene y por el buen gusto y la elegancia que los distingue. A la calle de la *Muralla* acuden con preferencia las elegantes habaneras por la noche y á pié, á fin de surtirse de ricas telas, y tambien con el objeto de curiosar las tiendas y de poner á prueba la paciencia de sus dependientes, que son allí mas complacientes, delicados y obsequiosos que en ninguna otra capital del mundo civilizado.

Y ya que de costumbres hablamos, diremos de paso, que una de las que mas comodidad proporcionan al vecindario de la Habana es la ventaja que tiene de surtirse de todos los artículos necesarios para el consumo, sin necesidad de tostarse al sol, ni de atrapar un aguacero repentino. Todo se vende en los mercados de la ciudad; pero tambien lo llevan los *guajiros* y las negras por las calles, de modo que en la puerta de

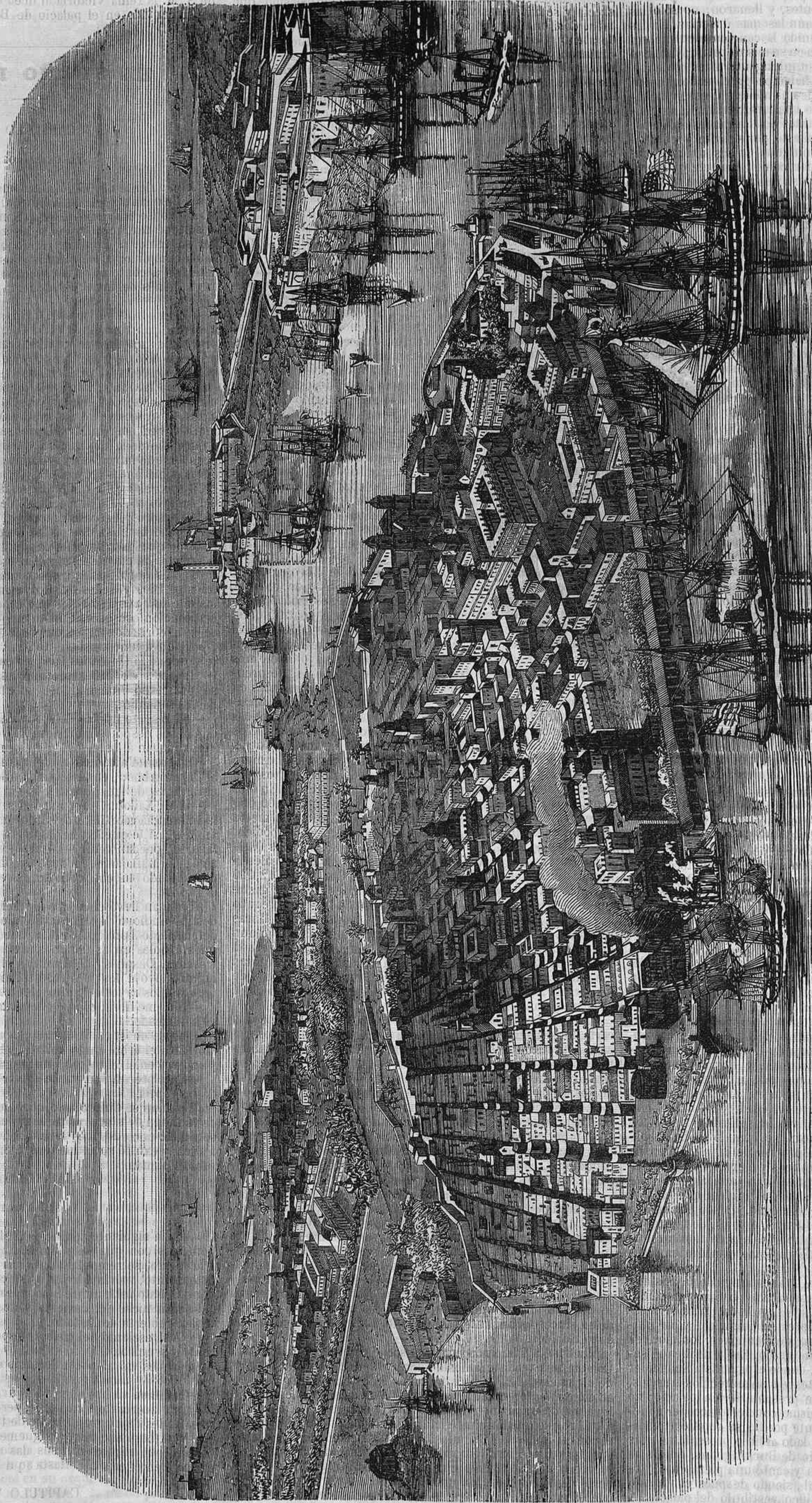
casas de tabla, que á su alrededor se fabricaron, y de todo punto se hubiera borrado de la memoria el lugar en que ocurrió aquel memorable suceso, á no haber concebido el general Vives en 1827 el pensamiento de levantar en él el lindo *Templete* que adorna en la actualidad tan hermosa plaza.

El día 21 de noviembre del referido año se dió principio á la obra. Fórmula un paralelogramo rectángulo, cuyas di-

casa ó desde las rejas se compra cuanto se quiere. Los panaderos sirven á sus parroquianos á domicilio, sin que los últimos tengan que incomodarse en enviar á buscar el pan cotidiano á la tahona: un dependiente de esta con sus dos *jabas*, seguido de un negro que lleva otras muchas pendientes de sus hombros, y en la cabeza la provision mas pesada, va distribuyendo de tienda en tienda y de casa en casa los sabrosos panecillos á tres por medio. Lo mismo acontece con los demás géneros de gasto diario, desde el *duse de guayaba* y la *sopa borracha* que pregonan á voz en grito las negritas, hasta los *plátanos* y las *pollonas*, que pasean majestuosamente los vendedores montados por todos los ángulos de la poblacion.

El ameno vergel situado enfrente del *Palacio de la capitania general* y dispuesto en forma cuadrada con calles paralelas y cruzadas, es el sitio mas ameno y mas fresco, durante la noche, de toda la ciudad. Llámase la *Plaza de Armas*, nombre que de ningún modo le conviene, porque es un paseo delicioso y el punto de reunion de la buena sociedad en las noches de luna: sus frondosos árboles, sus preciosos cuadros, en los cuales crecen las mas raras y lindas flores, su proximidad al muelle, los hermosos edificios que le rodean y la inmediacion de las calles de *Mercaderes* y del *Obispo*, que son de las principales, lo hacen en extremo apetecible y concurrido. Fuera del gran cuadro enverjado que completa la *Plaza de Armas* se encuentra el *Templete*, monumento destinado á perpetuar la memoria del sitio en que se celebró la primera misa por los españoles en el puerto de *Carenas*, hoy la Habana.

El único testimonio que en 1764 recordaba aquella sencilla é imponente ceremonia, era una corpulenta *ceiba* que muchos cubanos echando de menos, como un mudo, pero elocuente testigo del primer acto religioso á que asistieron sus padres: en dicho año y bajo el reinado de Fernando VI, dispuso el mariscal de campo y gobernador de la Habana D. Francisco Cajigal de la Vega la ereccion de un obelisco, que no tardó en confundirse entre malezas, escombros y rústicas



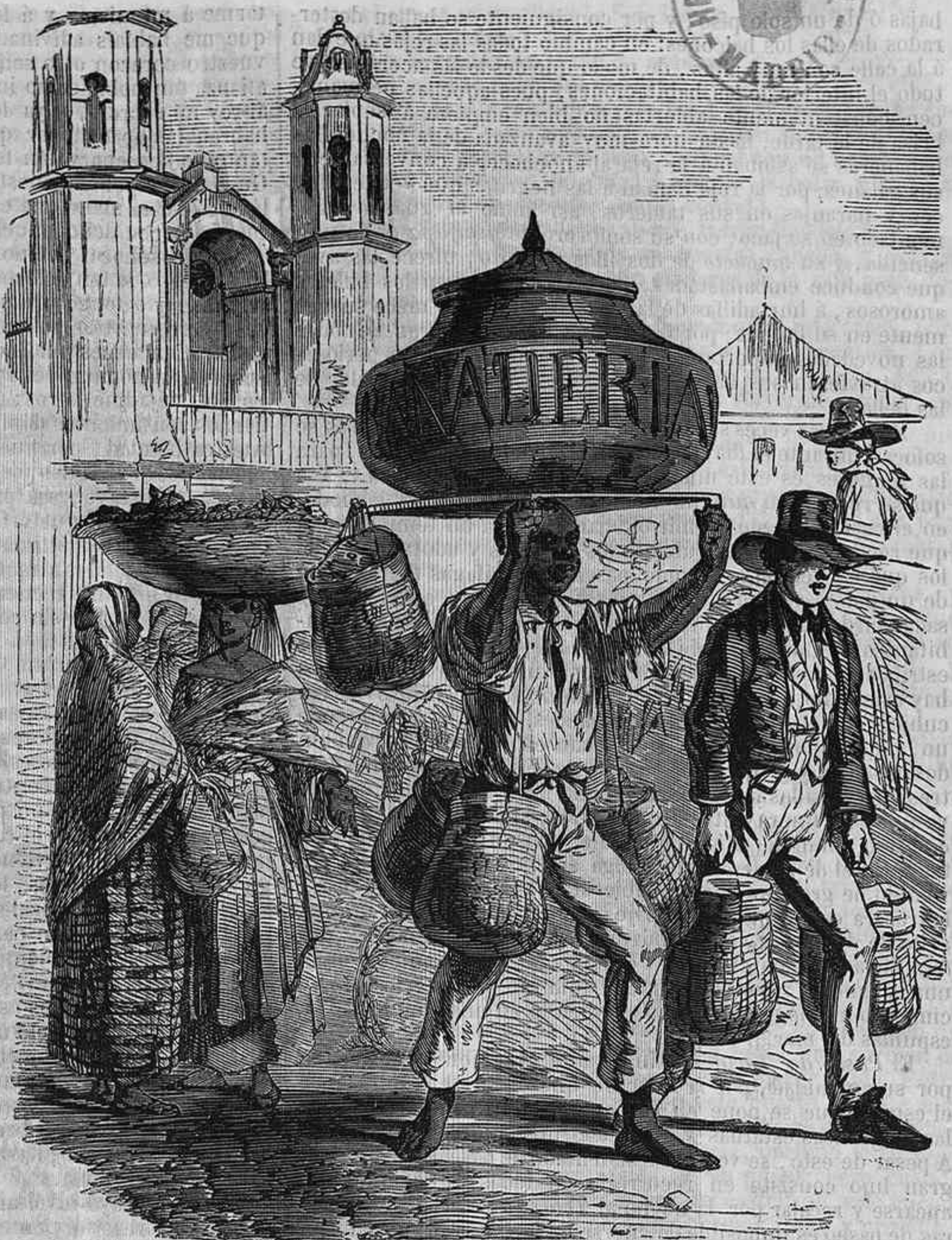
Habana. — Aspecto de la ciudad.

me
Nor
die
ten
en
plet
con
de
tre
aqu
pon
cita
Re

me
Nor
die
ten
en
plet
con
de
tre
aqu
pon
cita
Re



Habana.—Las rejas.



Habana.—Un panadero.

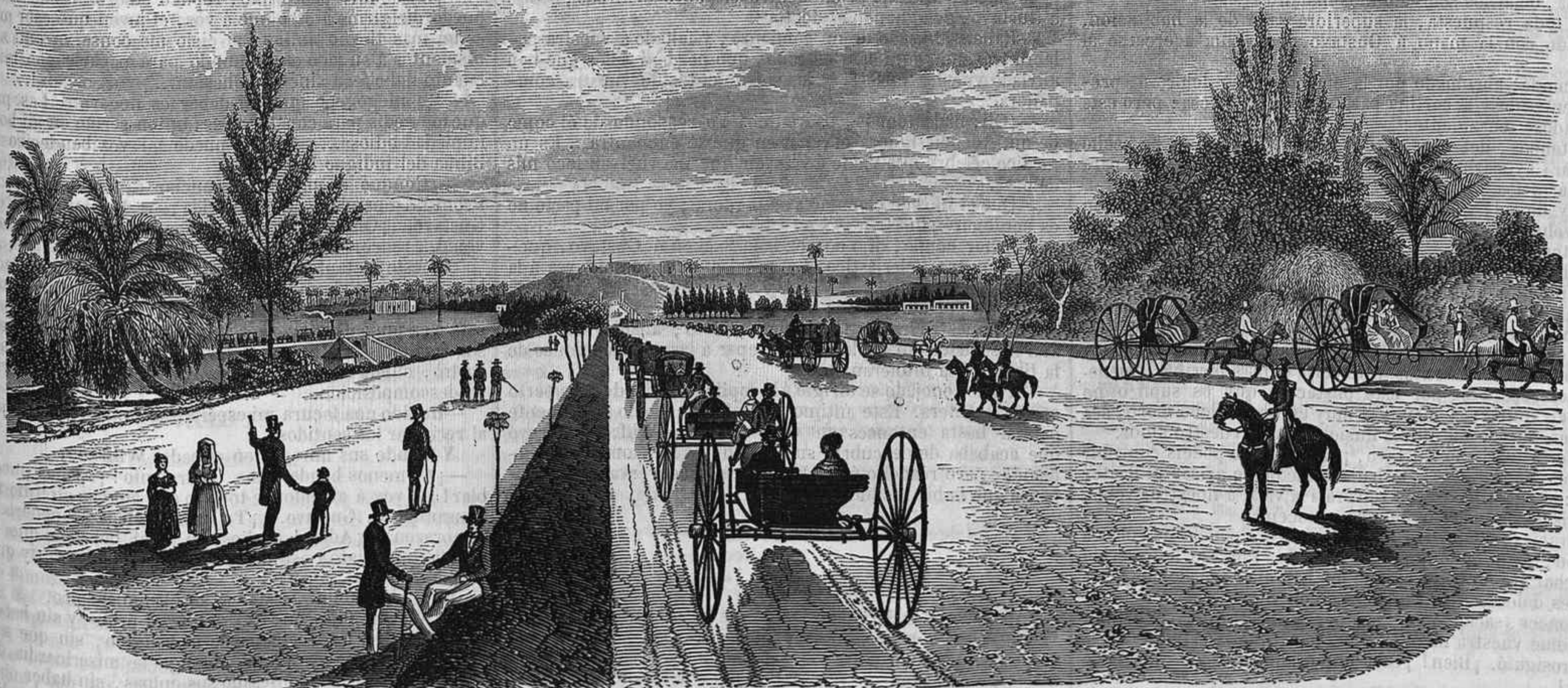
mensioncs son de treinta y dos varas Este-Oeste y de doce Norte-Sur. Está cercada de un bello enrejado que afianzan diez y ocho pilares de cantería, cuyos capiteles y basas pertenecen al órden toscano, elevándose en el centro de dicho enverjado el obelisco erigido por Cajigal de la Vega. El *Templete*, que descansa sobre seis columnas del órden toscano con basamento ático, tiene veintiseis piés de Este á Oeste, y de altura, desde la solería á la clave del timpano ó fronton, treinta y tres. Completan, por último, los costados de aquella sencilla arquitectura cuatro pilastras con sus correspondientes tableros, basas y capiteles, de los dos órdenes ya citados, ático y dórico. La cifra P.^o 7.^o y los atributos de la Real órden americana de Isabel la Católica se hallan coloca-

dos en relieve en medio de los triglifos y metopas, que sirven en el friso de adorno á los alquitraves, así como sobre el mainel de la puerta se ven las armas de la capital, con el siguiente letrero que rodea el escudo: *La siempre fidelísima ciudad de la Habana.*

Lo primero que se observa en el interior del *Templete* es un busto de Cristóbal Colon, trabajado en mármol y puesto en un nicho que al efecto hizo construir, costeándolo, como igualmente el busto, el virtuosísimo obispo diocesano D. José Diaz de Espada y Landa. Hay además tres cuadros históricos, obras de Escobar, de los cuales, uno cuando menos, si bien de poca valentía y firmeza en el col rido, tiene gran mérito por la semejanza de las figuras en él representadas. El pri-

mero recuerda la instalacion del primer ayuntamiento de la capital de Cuba y á su cabeza al capitan Diego Velazquez en el acto de presidir la toma de posesion de los cargos municipales; da idea el segundo del santo sacrificio de la misa celebrado en aquel sitio, y en cuya conmemoracion se levantó el actual monumento, y el tercero está destinado á eternizar la memoria de la inauguracion del mismo, verificada en la mañana del 19 de marzo de 1828, con asistencia del capitan general Vives, del Ilustrísimo Espada y Landa, de las autoridades principales y de un inmenso concurso de todas las clases de la poblacion.

Hemos citado las rejas de la Habana, y justo es que digamos algo acerca de esto. La mayor parte de las casas son



Habana.—Paseo de Tacon.

bajas ó de un solo piso, y por consiguiente se hallan destruidos de ellas los balcones: en cambio todas las rejas que dan á la calle son muy altas, de modo que desde las aceras se ve todo el interior de las habitaciones, pues aquellas permanecen constantemente abiertas no bien empieza á soplar la brisa de la tarde, hasta hora muy avanzada de la noche. Las habaneras se asoman á la reja al anochecer á conversar con sus galanes; por la reja llaman á las negritas que venden dulces y naranjas en sus tableros, así como al guajiro que, montado en su jaco, con su sombrero de *gipijapa* ó de paja sencilla, y su *machete* de dos filos al cinto, ofrece las aves que conduce embanastadas; por la reja reciben los billetes amorosos, á hurtadillas de la *mamitica*, que se mece suavemente en su butaca; por la reja, en fin, se enteran de todas las novedades importantes del día, supuesto que los periódicos atraviesan sus barrotes antes de ir á parar al tocador de las bellas.

Muy pocas veces salen á pié las habaneras: los hombres se sofocan durante el día, si van á sus negocios sin *quitrin*; para las mugeres es este mueble una imperiosa necesidad. ¿Y á qué se reduce un *quitrin*? A un carruaje elegante y cómodo, en el cual se puede dormir ó dejarse ver; á un templo, en el que reciben las bellas cubanas los suspiros y adoraciones de los que las ven pasar, como pasan esas ráfagas de luz, que de un polo á otro cruzan la atmósfera tropical en las abrasadas tardes de setiembre: el *quitrin* es el *quita-sol* de los habitantes de Cuba y también su *para-aguas*. Adórnalo ricos estribos y muelles: muchos de estos son de plata maciza, y los hay asimismo dorados á fuego: condúcelos un brioso alazan cubierto de costosos y brillantes jaeces. Cuando se emprende un viaje á *tierra adentro* se colocan en las varas del *quitrin* dos caballos, y se dice *poner la pareja*, ó *el trio* si aquellos son tres: los caballos se arreglan en una línea de frente; cuando va uno solo figura entre las dos varas; si se emplea la *pareja* ó *el trio*, en dicho sitio el que guía, y los otros á un solo costado. En el de preferencia cabalga siempre el negro caletero, vestido de graciosa librea, cubierta de galones de oro ó plata: la trasera está destinada al paje, que en todo caso es un negro de diez ó doce años lindamente ataviado. Cuando el *quitrin* lleva echados el fuelle y el tapacete y va sentada en él una habanera, revela á los que la admiran el misterio del nacimiento mitológico de Venus, saliendo en una concha de las espumas del mar.

El Paseo de Tacon es sin disputa el mejor de la Habana por su amenidad, por la frescura que en él se respira, por el esmero que se pone en su conservación y limpieza, y por las magníficas estatuas y otros adornos que lo embellecen. A pesar de esto, se ve poco frecuentado de paseantes á pie: el gran lujo consiste en recorrerlo en todas direcciones sin apearse y recalar por la noche al *Teatro de Tacon*. A las horas de paseo es imposible detenerse en la *Calzada*, por la polvareda que levantan los carruajes; y esto, unido á la distancia que separa á la gran alameda aristocrática de la ciudad, impide á las gentes dirigirse, como no sea en *quitrines* ó *volantes*, á disfrutar el perfumado ambiente que la primera despide, y el incesante murmullo de las aguas de sus fuentes cristalinas.

J. M. DE ANDUEZA.

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPITULO XVIII.

Esplicaciones.

Al entrar Rimberg en la celda de Sofia la halló oculta enteramente por tupidas cortinas que sus ojos no podían penetrar. La hermana Teresina hizo señas á Gustavo de que no hablase, porque creía que la enferma acababa de dormirse, y solo estos instantes de sueño tan difíciles de obtener, podrían calmar sus vivos dolores.

—¿Ha venido ya, señora abadesa? preguntó con voz dulce la hermana del rey.

—Sí, respondió Teresina.

—¿Ah! replicó Sofia, ¿podré al fin hablarle! ¿Si quisierais, hermana, dejarnos solos algunos instantes!...

Por toda respuesta, la superiora salió de la habitación, indicando con la mano á Gustavo que podía acercarse al lecho.

El conde, abrumado por la emoción mas dolorosa, pretendió entreabrir la cortina para ver á la princesa; pero esta oponiéndose tenazmente:

—Deteneos, deteneos, señor conde, le dijo. Os he hecho venir para ayudarme á sobrellevar mis sufrimientos, no para aumentármelos.

—¿Ay de mí! ¿podeis, señora, suponerme esa intencion aun involuntaria, cuando mi corazón despedazado por los tormentos...

—¿Oh! ¡sí!... sé cuánto debe hacerlos padecer este funesto acontecimiento de que he sido víctima; pero me hablareis y me oireis sin verme. Dios que no me ha abandonado en tan dolorosa prueba, ha querido que las heridas me hayan desfigurado enteramente. Temblaríais de horror si me vierais, y de todos mis sufrimientos este sería el mas terrible. Quedemos pues separados por este obstáculo que os suplico no pretendáis quitar: al menos si muy en breve debo morir, sea sin haber perdido mi última ilusión... la de vuestro amor.

—¿Morir! exclamó Gustavo, ¡oh, no! ¿no podeis concebir tan atroz pensamiento! He hallado medio de avisar al doctor Sacken: le aguardo, y él os volverá á la vida, á nuestros votos, á la amistad de todos los que os conocen.

—¿Gracias, Gustavo! Debía esperar esta prueba de vuestra adhesión; pero temo que llegue tarde. Por eso he querido aprovechar el momento en que me han abandonado mis insupportables dolores para explicarme con vos.

Entonces, sacando su brazo por la abertura de la cortina: —Dadme vuestra mano, amigo mio, que la estreche en la mia, prosiguió. ¡Bien! ¡esta union simpática casi me hace dichosa!

—Amigo mio, continuó, yo os amo: á nadie he amado mas que á vos, y he hecho todo lo posible por explicarme sin fal-

tarme á mí misma y á lo que mi posición exige. He creído que me habiais adivinado, y que mi deseo despertaba en vuestro corazón otro sentimiento que no es el orgullo de una alianza tan noble como inesperada... me he atrevido á confiar al rey mi secreto, y ya los honores que os ha concedido os habrán hecho conocer que no se opondría á esta union que tanto yo deseaba y tan feliz nos haría... Pero, ¿qué teneis, Gustavo? recobrad vuestro valor... ¿llorais?... ¿inundais de lágrimas esta mano que estrecha la vuestra? ¡Vuestros sollozos me hacen daño, mucho daño, amigo mio!

—¿Ah, señora! ¿cómo quereis que mi corazón no sucumba bajo el peso de tan dolorosas emociones? ¿me decís que tenga valor?... ¡lo tengo y mucho cuando puedo ver lo que padeceis y oir vuestras palabras sin morir! ¡Oh! ¡que no pudiera yo dar cien veces mi inútil y oscura vida por la vuestra!... Señora, en nombre del amor con que os habeis dignado honrarme, dejadme veros: no temais que puedan por eso mis tiernos sentimientos debilitarse... Yo os amo, yo os adoro por vuestra bondad, por vuestra alma generosa, y mientras os adornen esas virtudes, seréis para mí siempre la mas bella.

—No, Gustavo, esa prueba es inútil: perdonadme, si es un defecto esta coquetería en gracia de su pequeñez. Dios no nos quita jamás la última esperanza, y si recobrase la vida y con ella mis débiles atractivos, ¿de qué os serviría conservar de mí tan horrible recuerdo?

Gustavo lloraba sin consuelo, cubriendo de besos la mano de la princesa.

—A fin de calmar un tanto vuestro dolor, dejadme contaros con detalles mi triste aventura. Cuando mi caballo se desbocó en el bosque, esperaba que se detendría en un sitio de descanso de los cazadores, adonde ya otras veces le he conducido; pero por mas esfuerzos que hice para lograrlo, como por desgracia nos encontrásemos también al oso que mi hermano habia herido, no pude, porque se espantó, y rápido como el viento tomó el camino enteramente contrario. Aun no habia yo caído, y viendo de lejos á los individuos que juzgué cazadores furtivos, les supliqué que me socorriesen, y aun les arrojé mis brazaletes para recompensar este servicio; pero ellos me dejaron pasar sin moverse. Entonces pretendí en vano bajar, y mi pié quedó engargantado en el estribo durante mas de una hora... Me habeis encontrado al fin, y el resto de la aventura os es conocido.

—Si señora, y el cielo no querrá dejar su obra por concluir. Os ha conservado en medio de tal peligro, y os devolverá á nuestras lágrimas y á nuestro amor.

—¿Ah! ¡si pudiese esperarlo!...

Entonces retiró su brazo, y dijo:

—Adios, Gustavo, hasta mañana, si aun resta una mañana para la pobre Sofia.

Rimberg cayó involuntariamente de rodillas y dirigió en voz baja un rezo ferviente al Dios que anima y consuela. Después, abrumado por las emociones que le hiciera sentir tan penosa escena, volvió á entrar en su habitación para buscar un momento de reposo que hasta entonces sus disgustos no le habian dejado disfrutar.

Después de un adormecimiento que duró algunas horas, fué bruscamente despertado por la voz de Ruperto, que le decia al oído:

—Aquí está, señor: aquí está.

En aquel instante entraba en la habitación el doctor Sacken.

Gustavo le estrechó en sus brazos con delirio: le daba las gracias: le prometía el reconocimiento de los hombres y del mundo, y después levantándose vivamente y arrastrándole de la mano:

—Venid, venid, le dijo: ya no tengo miedo... el milagro se hará, pues está á su lado el que lo ha de hacer... ¡Oh, amigo mio, vos me la volvereis! ¿no es verdad? ¿me respondeis de su vida? ¡Vuestro nombre, vuestra gloria durarán mas que los siglos, si lograis el buen éxito que espero!

La exaltación de estas palabras asustó al médico, que examinando á Rimberg con atención:

—Calmaos, señor conde, le respondió: yo deseo tambien devolver la princesa al amor de su augusto hermano y al vuestro; pero mi poder es el de un hombre... muy limitado...

—Ella os espera: id aprisa, querido doctor: yo os acompañaré.

Cuando atravesaban juntos el corredor para ir á la celda de la princesa, les salió al encuentro el padre Wilfredo, y dijo á Gustavo, designando al doctor:

—Habeis abusado de mi confianza, y faltado á vuestra palabra trayendo aquí este extraño, que perderá á los que han aliviado vuestra miseria y los sufrimientos de vuestra compañera...

—¿Oh, nada temais, padre mio! Yo respondo de él como de mí. Además ignora el lugar en que se encuentra... Es un médico célebre que viene á impedir que me vuelvan loco mis dolores.

—Que el Dios de clemencia os perdone; yo por mi parte no os perdonaré jamás.

—Señor conde, dijo en voz baja Sacken á Gustavo, quedaos con ese eclesiástico. Es preciso que yo solo vea á la princesa.

Y entró en su celda.

—Si nuestro retiro fuese descubierto, añadió Wilfredo, aun nos queda un medio para escapar á las persecuciones de la tiranía y la intolerancia.

El prior enojado se dirigió á la capilla mandando á Ruperto que le siguiera. Este último, que habia sabido hábilmente ocultar hasta entonces su viaje al padre Wilfredo, creyó que acababa de descubrir su secreto, y le acompañó temblando; pero resuelto á disculparse, por conservar la recompensa que habia recibido.

CAPITULO XIX.

La agonía.

Apoyado silenciosamente el conde en la pared, ni oía ni veía mas que la puerta que conducía á la celda de la princesa: esperaba á cada instante ver salir al doctor para tranquilizarle; pero Sacken no volvía. Una hora pasó sufriendo tales angustias: al cabo de ella salió el doctor de la celda: su rostro casi siempre frio, impasible, parecia enteramente trastor-

nado. Cogió convulsivamente la mano de Gustavo, y le dijo temblando:

—¡Valor! Seguidme... ¡desea veros aun una vez!

—¡Aun una vez! exclamó estupefacto el conde. ¡Oh! ¡Dios mio!

El médico y él entraron juntos en la celda.

La respiración de la princesa, que permanecía rodeada de sus cortinas, era penosa, y anunciaba una horrible agonía.

—Os he dicho que tengais valor, señor conde, dijo Sacken en voz baja; espero que sabreis sobrellevar la terrible prueba que os aguarda. Mis socorros son inútiles; su plazo está cumplido... Dentro de una hora la hermanita del rey morirá.

—Morirá! exclamó frenético Rimberg; era preciso que atrajese sobre sí una parte de la fatalidad que me persigue; porque me amaba, señor doctor, sí, ¡me amaba! me lo ha confesado; ¡y eso es lo que la mata!

—Gustavo, dijo en este momento la enferma con voz débil, ¿estais ahí?... ¡he sentido latir mi corazón con mas violencia!... Yo no sé si recobraré la salud, porque el doctor aun no se ha explicado...

Rimberg y el médico cambiaron una mirada de consternación.

—Pero me siento mas aliviada cuando vos estais á mi lado, prosiguió Sofia. Quiero que el doctor, á quien ya he revelado mi amor y mis proyectos, sea testigo del único bien que puedo ofreceros. Amigo mio, aun es tiempo de que cambie vuestra suerte. Ese porvenir que yo os ofrecía tan brillante, tan halagüeño, podeis disfrutarlo en la corte, si quereis ser mi esposo.

—¡Vuestro esposo, noble y querida Sofia! exclamó Gustavo ocultando desesperado su rostro entre las manos.

—Mañana se verificará aquí mismo nuestro casamiento: sí; y el doctor certificará su celebración. ¿No es verdad, Sacken, que esto bastará para darle el carácter auténtico de una union indisoluble?

—Pues que tal es la inflexible voluntad de vuestra alteza, yo creo que nadie pueda oponerse; pero si me fuese permitido hacer una observación, quizá insignificante, os suplicaría, señora, no remitierais á mañana el cumplimiento de ese deseo, cuando podeis cumplirlo hoy... ahora mismo.

—Un día mas me dará nuevas fuerzas; habré dado el primer paso hácia la convalecencia... Lo voy conociendo ya... este delicioso elixir que cada hora me haceis tomar, me ha reanimado... Curaré muy pronto, doctor, y entonces... ¡cuantos días felices me esperan con mi adorado esposo!...

Aquí la princesa lanzó un terrible grito de dolor, que aumentó la desesperación de los que la escuchaban.

—¡No es nada! ¡no es nada! dijo Sofia, un acceso... ya pasó...

Y después de un instante de reposo:

—Quizá teneis razon, doctor, continuó: mi hermano, si descubriese el sitio en que me encuentro, pondría obstáculos á mis proyectos... Haced venir al buen prior de esta casa para que nos una...

Sacken obedeció, y fué á buscar al padre Wilfredo.

Mientras este venia, Rimberg, con los ojos anegados en lágrimas, no pudo desechar la idea de que este matrimonio con una moribunda seria mirado por todos como una prueba de su ambición, mas que de su amor, y cruzó rápida por su mente la idea del suicidio; pero la llegada del doctor le volvió pronto á su acuerdo.

—¿Qué me quereis? dijo el prior entrando. Se acaba de invocar mi religioso ministerio para unir á este hombre, que me ha engañado dos veces, con esta muger, que segun él me dijo, era su esposa...

—Esta muger, señor, replicó Sofia, es la hermana del rey.

—¿La hermana del rey, de nuestro implacable enemigo! exclamó el padre Wilfredo... ¿Conque mi caridad va á costar la libertad, quizá la vida, á las santas vírgenes que hasta ahora he podido ocultar al furor del impío?

—¿Hombre cruel! exclamó Gustavo, es una moribunda la que os ruega humildemente...

—¿Qué quiere de mí? ¿Que mi voz llame la bendición de Dios sobre dos seres muertos para la fé, que han despreciado sus leyes, abandonado los santos dogmas, y reconocido el poder de un hombre rebelado contra el apóstol de nuestra iglesia? ¡No, no! ¡yo no seré nunca el instrumento de semejante sacrilegio!

—¿Ay de mí! padre mio, replicó dolorosamente Sofia; no puedo dirigirme á otro que á vos: el joven que está presente es mi mas tierno amigo: el cielo me conserva aun algunos momentos á su lado en el mundo para pagarle con mi mano cuanto debo á su sincera adhesión... ¡y os negais!...

—Me niego, porque mi deber es negarme. Las palabras que me pedís para consagrar esa union serian en mi boca una impiedad odiosa... ¡No, no puede mi voz bendeciros con la Biblia del indigno Lutero!

—¿Conque es preciso renunciar á tan dulce consuelo? Pronto... cuando recobre la vida, os la consagraré entera, Gustavo... ¡Oh! siento aquí un calor que me abrasa... doctor... venid... ¡socorredme!...

En este instante perdió la infortunada la razon. Sacken le hizo tomar con algun trabajo unas gotas de un elixir encerrado en un frasquito. Volviéronse á abrir los ojos de la princesa, y esta vez pudo Gustavo ver su rostro. Repugnantes estaban sus facciones: un cerco de hierro rodeaba sus órbitas, y su rostro, cubierto de equimosis, estaba hinchado, terrible en su descomposición.

—Ha sido una locura mi esperanza, amigos míos, dijo Sofia al recobrar los sentidos.

Y fijando sus miradas en el padre Wilfredo:

—¡Al menos bendecidme, padre mio! ¡apenas puedo hablar!... ¡voy á abandonar todo lo que amo! ¡oh! me falta el pensamiento, Gustavo... ¡Tu mano! pueda yo ponerla sobre el corazón... ¡Adios! ¡Adios! Di á mi hermano que en un castillo inmediato á este bosque... hay enemigos... y que desconfie del... del... ¡ah!

No pudo concluir: este era su último suspiro.

—¡Muerta! dijo con voz sombría el prior, y sin haber podido alcanzar los socorros de la religion, sin que se haya elevado un rezo para que obtenga la misericordia divina. ¡Muerta! sin haber confesado sus culpas, sin haber obtenido la absolución de mano del sacerdote que purifica y bendice!... ¡Lutero, hé aquí tu obra!...

—¡Insensato! ¡pobre insensato! exclamaba el infeliz Gustavo, ¡ve ya todos tus sueños de ambición desvanecidos! Mi vida correrá desde hoy triste, sin deseos, y sin ilusiones como sin amor... Y es preciso conservar esta miserable existencia para llorar y sufrir... ¡Oh! no... la arriesgaré en los combates, todo lo abandonaré, mi padre, hasta mi patria, si preciso fuese, para morir, para que se una mi alma á la suya en un mundo donde no nos perseguirá la desgracia.

—Calmaos, señor conde, dijo el doctor, no nos hagais temer por vuestra razón, que puede fácilmente abandonaros en un exceso de ese inconsolable dolor. Tenemos aun que cumplir un triste deber: es preciso devolver al hermano los mortales despojos de su hermana. Dejad pues á mi cargo tan funebres preparativos.

Pero Gustavo no escuchaba estas palabras. Se habia dejado caer sobre una silla, y la fijeza de sus miradas revelaba el decaimiento de la desesperación.

Mientras Sacken se ocupaba en amortajar á la princesa, oyóse súbitamente tocar la campana de la capilla, y el padre Wilfredo salió de la habitación precipitadamente para averiguar la causa. En el corral halló reunidas y dando muestras de la agitación á la abadesa y á muchas religiosas.

—Seguidnos, padre mío, exclamó la hermana Teresina; nuestro corazón os era leal: el convento está cercado por soldados...

—Por soldados! ¿y quién ha podido dirigirlos aquí?

—Recibieron orden del arzobispo de Upsal de seguir secretamente y de lejos los pasos de ese médico que han ido á buscar á Stokolmo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Uno de ellos lo ha confesado á Ruperto que ahora toca á alarma.

—Bien: pues el Señor aun se obstina en afligir á sus creyentes, resignémonos. Reúnanse todas nuestras hermanas en torno mío...

—Ya están aquí, padre.

Y en efecto, la temerosa comunidad estaba ya reunida.

—Hijas de Dios, continuó el sacerdote, no tembleis; espero que os libraréis también ahora del martirio, y lograré llevaros á la tierra prometida.

Los culatazos de artesana hacían temblar la puerta: los sonidos de la campana habían cesado: el prior se dirigió á la iglesia y entraba en ella detrás de las monjas, cuando algunos hombres de armas, rompiendo las barreras que el paso les impedían, penetraban en el corral. En seguida corrieron á la capilla, que por dentro estaba cerrada con cerrojos, obstáculo para ellos inesperado; pero destruido este, penetraron después en ella. Tampoco hallaron á nadie: entonces el sargento que había examinado con la mayor atención los sitios más recónditos del templo, creyó advertir que estaba recientemente movida una losa junto al altar, y llamó á sus compañeros para que le ayudasen á levantarla: entonces descubrieron que era una tabla imitando la piedra, que servía de entrada á un subterráneo. Reunieronse todos para entrar en ella, y dos ó tres soldados provistos de una linterna penetraron en esta galería que tenían motivos para suponer de grande estension; anduvieron bastante trecho guiados por un ruido de pasos que oyeron; pero de repente una bocanada de humo puso fin á su exploración obligándoles á retirarse. Un montón de maleza, musgo, y yerba seca era el obstáculo que á su expedición se oponía; obstáculo imposible de vencer sin asfixiarse. Llamaron los tres soldados á sus camaradas, y todos fueron testigos de este incendio infernal. Oíase en lontananza un canto solemne y lúgubre, entonado á coro, y distinguíanse claramente las palabras de este salmo:

Audiam facile vocem laudis ejus, qui posuit animam meam ad vitam.

—Retirémonos, amigos, dijo el sargento. Estamos en la mansión del diablo. Monseñor de Upsal no es tan malo como él, y nosotros que somos mucho mejores que su eminencia, no debemos dejarnos degollar por agradarle.

—Teneis razón, dijo un soldado. Cuéntase de este convento una historia terrible, pero del todo inverosímil. Ahora podemos nosotros asegurar que es cierta.

—Yo he distinguido los cuernos del demonio, dijo uno.

—Y yo sus pezuñas que atizaban el fuego, añadió otro.

—Media vuelta á la derecha! marchen, dijo el sargento. Ya sé qué debemos hacer para vengarnos de las religiosas y sus malditos esposos.

Media hora después estaban los soldados en el corral, donde con gran admiración vieron tres caballos dispuestos á partir, y reconocieron en Gustavo á un oficial de la guardia del rey. El jefe los ordenó en batalla para hacerle los honores.

—Amigos míos, les dijo el conde de Rimberg, os mando que me acompañéis, para formar el lúgubre cortejo de la hermana de vuestro r y que ha muerto en este lugar maldecido por el infierno y la desgracia.

Los soldados guardaron un desgarrador silencio de sorpresa. Entonces el doctor, no encontrando otro medio de transportarlo, puso sobre un caballo el cuerpo de la princesa Sofia, que Gustavo quiso ir sosteniendo durante el camino; y de esta manera llegó á Stokolmo aquella cuya muerte debía llorar su amante toda su vida.

Así que abandonaron el convento, el jefe de la partida, que habia sin duda recibido particulares instrucciones del arzobispo, dió fuego al edificio por sus cuatro ángulos, y los rojos fulgores de las llamas alumbraron largo tiempo la fúnebre comitiva.

CAPITULO XX.

El castillo de Medelshom.

Al Sur del gran bosque que acabamos de abandonar se elevaba una pedregosa montaña, al pié de la cual corría el lago Mæler, navegable hace algun tiempo por un canal que une á sus aguas las del lago Hilmer. Sobre este lago se celebra en enero la famosa kermesada sueca conocida con el nombre de la *Feria del Espejo*, porque nunca se verifica hasta hallarse helada completamente esta inmensa tabla de agua.

En la meseta de esta montaña que acabamos de mentar, elevábase como un gigante fantasma el antiguo castillo de Medelshom, con sus dos torrecillas á guisa de brazos. Su construcción de quinientos años de antigüedad, ofrecía todos los medios de defensa que usaron los tiranos señores feudales

de la edad media. Solo podia subirse á él por una senda tan estrecha como tortuosa. En la falda de la montaña, y ocultos en el bosque estaban establecidos Boleslao y sus compañeros hacia dos dias, habiendo construido precipitadamente algunas chozas para preservarse del frio. Como estaba cerca la época de la kermesada, se habian provisto de cajones y otras chucherías y disfrazado de mercaderes ambulantes. Era innegable que su capitán poseía sutil ingenio, presencia de espíritu, prudencia, y sobre todo el arte de aprovechar las ocasiones.

Habia advertido Boleslao que, desde el dia anterior iban llegando misteriosamente al castillo algunos caballeros embozados en grandes capas que ocultaban sus rostros; y que aquella misma mañana habia entrado en Medelshom una tienda de seda conducida por dos caballos y numerosos domésticos. A juzgar por algunas voces y alegres carcajadas, encerraba aquel discreto palanquin dos señoras opulentas, segun su espléndido acompañamiento.

—Hijos míos, dijo Boleslao á sus compañeros, si mis cálculos no fallan, la tortolilla que maté nos va á proporcionar una fortuna fabulosa. No sé si será la mina de esmeraldas la que llene nuestras bolsas; pero sí que hay allá arriba algunos señores bastante opulentos á quien exigir contribuciones tan grandes como calculamos merecen pagar por sus dignidades. No se trata, amigos, de luchar sin peligro con imbéciles ó cobardes que se parapetan en sus castillos temblando mientras nosotros saqueamos descansadamente sus palacios; no; vamos hoy á habérmolas con hombres aguerridos, armados y valientes, á quien es preciso atacar de frente, si se resisten á nuestras astucias; pero para ejecutar la mas atrevida de las empresas que preparo necesito un traje tan rico como los suyos, y no sé cómo procurármelo.

—Esperad, capitán, quizás hay un medio... Seguidme vosotros, dijo el alférez de la cuadrilla, llevándose seis hombres.

—¿Qué va á hacer ese loco? exclamó Boleslao. ¿Si habrá él también formado sus planes? Veremos cómo se las compone. Que me traigan aguardiente quemado para beber mientras los espero.

Habia pasado escasamente un cuarto de hora cuando se oyó un pistoletazo.

—¡Desgraciado! dijo Boleslao rompiendo el vaso en que acababa de beber: si se ha dejado sorprender por los esbirros, nos va á descubrir.

Pero pronto volvió el alférez trayendo á un joven, cuyo caballo llevaba uno de los ladrones por la brida.

—Aquí teneis el traje que habeis pedido, dijo el alférez con imperturbable sangre fria.

—Señores, dijo con aire elegante y sin afectación el caballero, supongo que no teneis intenciones de matarme, y comprendo perfectamente esta broma. Sois ladrones, bandidos, que asaltáis á los viajeros: ¡magnífico! Estais en vuestro derecho mientras la policía lo consienta; pero tampoco creo que tengais intención de robarme el dinero que traiga...

—¿Por qué? replicó brutalmente el que le habia aprehendido.

—Porque no lo tengo. Soy el conde de Stem-Sture, hijo del canciller de la corona, noble, franco y leal; pero no tengo mas que deudas por cualquier parte que me cojan. Si creéis que os engaño, señores, registradme; y á no ser que me metais oro en los bolsillos, os desafío á encontrarlo ¡pardiez! Estoy tranquilo sobre este particular.

—Mi joven señor, respondió sonriendo Boleslao, siendo nosotros como pensais, ladrones, debemos ser tan sutiles como vos, y mas desconfiados. Por lo tanto me parece inverosímil que no tengais dinero.

—Eso mismo me dicen todos los dias mis acreedores, y los desgraciados tienen luego suficientes motivos para convencerse de que no los engaño.

—Yo seré mas hábil que ellos, pues encontraré en vuestra bolsa lo que no han podido ellos encontrar.

—Mi querido ladrón, pongo á vuestras órdenes mis bolsillos, aunque os he dicho que estan tan vacios como si antes de ahora nos hubiésemos encontrado. Hacedme pues el honor de creerme, ó de aseguráros por vos mismo.

—Seria inútil, porque me consta que ahora no lleva el oro en ellos la gente de vuestra clase, sino oculto entre los pliegues del vestido, temiendo un desagradable encuentro con la cuadrilla de Boleslao. Para que conozcamos si nos engañais, vais á tener la bondad de desnudaros de piés á cabeza, ahí en esa cabaña...

—¡Ah! eso sí que es divertido, exclamó Stem-Sture. ¿Por qué no habeis dicho antes que es mi traje lo que quereis? Como aun no está pagado, os aseguro bajo mi palabra de honor que robais dos vestidos á mi sastre, porque tendrá que hacerme otro... que tampoco le pagaré.

—Eso corre de su cuenta. Permitidme, señor conde, que vaya á servirlos de ayuda de cámara uno de los míos.

—Pues os empeñais, consiento.

Dió algunos pasos hacia la choza, y volviéndose á Boleslao:

—Espero que no me pidais luego mas, le dijo; solo podria daros el pellejo, y ese le teneis en vuestro poder.

—Estad tranquilo, monseñor; quedareis libre.

Stem-Sture desapareció.

—¡Amable joven! continuó Boleslao; está muy lejos de sospechar lo que le va á suceder.

Pocos instantes después volvió el conde vestido de mercader ambulante, cuyo traje le habia dado el alférez por el suyo.

—Heme aquí, heme aquí, señor ladrón, dijo acercándose al capitán; miradme, yo os lo ruego: ¡cómo me han desfigurado! Cualquiera creeria que estamos haciendo una comedia, aunque no es mi papel el mejor.

—Puede ser, señor conde. Falta una cosa para que sea mejor que imagináis.

—¿Cómo!

—¿Cuánto os ha costado vuestro vestido completo?

—Nada, porque lo debo.

—¿En cuánto lo tasais?

—He oido decir á los buenos pagadores que bien valdria veinte piezas de oro... tiene muchos bordados y galones.

—¿Veinte piezas de oro? Tomad treinta, dijo Boleslao alargándole su bolsa.

—¿Qué? ¿os burlais?

—Vamos, tomadla, caballero; no me gusta que me hagan esperar.

—¡Esto es maravilloso! ¡Sois ladrón y dais dinero!

—¿Qué os parece?

—Sois digno de un título de nobleza.

—No, porque pago mis deudas...

—¡Ah! ¡teneis razón por vida mia! Mi dignidad se ha rebajado mucho... pero sois un personaje tan singular y nuevo que lo olvido. ¿Cómo ha de estar uno mal con un hombre que teniéndole prisionero, le obliga á aceptar la bolsa y la vida?

—Es preciso obedecerle; ¿no es verdad?

—¿Qué vais á hacer de mí ahora, ladrón-modelo?

—Os invito á que monteis en vuestro caballo, y volvais tranquilamente á Stokolmo, sin cuidaros de lo que pase detrás de vos.

—Me haceis un gran favor obligándome á retirarme, porque iba á una cita que creía peligrosa y comprometida. Con este suceso podré plenamente justificar mi ausencia. Adios, señores; si alguna vez os diese gana de volverme á robar, estoy á vuestro servicio.

Y saltó sobre su caballo, balbuceando:

—¡Cuánto voy á divertir al rey con esta aventura!

Después que se perdió de vista, los camaradas de Boleslao empezaron á murmurar de la generosidad de este en alta voz; pero les hizo comprender que lo que habia hecho era sembrar para recoger.

—Debemos obrar en grande, mis queridos compañeros, y lo que acabo de hacer es solo un preliminar. La acción que me criticais nos grangea un amigo, que puede sernos útil en alguna ocasión. Voy pues á trasformarme en gran señor, y con esta carta que está en mi poder, gracias á la paloma, espero sacar una buena parte de la mina de esmeraldas.

Vestido ya con el traje de Stem-Sture, partió Boleslao con toda su caravana, que colocó de modo que el castillo estaba por todas partes rodeado de soldados vigilantes, dispuestos á socorrerle á la primera señal.

En seguida subió resueltamente la tortuosa vereda que conducía á Medelshom, y á su llegada al gran patio, cuya puerta estaba de par en par, buscó en vano un criado que le anunciase, ó á quien mostrar su billete de convite; todo estaba desierto en este vasto edificio. Encontróse enfrente de una escalera con pasamanos de hierro en espiral; subióla con precaución, y trató de abrir una puerta de dos hojas en que terminaba; pero no lo lograra á no haber reparado en un hotón de cobre que empujó con fuerza, hallándose entonces en un corredor sombrío, á cuya estremidad habia una porción de habitaciones oscuras, en que penetró sin hacer ruido. Entre los pocos muebles que adornaban este cuarto, el que mas llamaba la atención era un armario gótico incrustado de ébano. Seguro de que nadie le sorprenderia, oprimió la cerraja, y logró hacerla saltar con ayuda de su puñal; pero cuando esperaba descubrir en él los tesoros del castellano, solo encontró fragmentos de cadenas de acero, armas rotas y crucifijos de marfil. Examinándolo después con mas prolijidad, halló en el fondo de un cajón un cofrecito de palo de limonero, y aunque pesaba bien poco, lo guardó, esperando examinar mas despacio los objetos que contenía.

Terminadas tan inútiles pesquisas, se vió nuestro atrevido ladrón en el caso de tener que volverse por donde habia venido, pues no hallaba una puerta que saliese al resto de la casa. Admirábase con razón del inexplicable silencio que reinaba en torno de él, sacando por consecuencia que habia perdido el tino, y dado en un callejón sin salida; pero ¿cómo abandonar una expedición tan hábilmente preparada? Tales eran sus reflexiones, cuando creyó oír muy de cerca gritos ahogados; apoyó la cabeza en la pared, y oyó bien claro voces... En esto la mano que habia apoyado en la pared, tropezó por casualidad con un resorte; abrióse una puerta secreta, y asomando primero la cabeza, logró entrar; pero el espectáculo que se presentó á su vista le infundió un terror que nunca habia sentido.

CAPITULO XXI.

La esmeralda.

Hallóse Boleslao en una gran sala cercada por una galería con columnas. En el fondo, y en derredor de una mesa que alumbraba una lámpara de bronce, estaban reunidas veinte personas enmascaradas. Solo una joven tenia el rostro descubierta, y se arrastraba á sus piés llorando. No comprendiendo Boleslao esta escena extraordinaria, dió un paso para salir; pero la puerta se habia cerrado, y no pudo encontrar el resorte, por cuya causa tuvo que resignarse con su papel de espectador, procurando no ser visto detrás de una columna.

—¡No, no haya piedad para ella, gritaba una muger enmascarada, designando á la infeliz que tenia á sus plantas; es culpable de sortilegio y de seducción, valiéndose de las artes de la magia; si se niega á declararlo, no vacileis, llevadla al tormento, y confesará su crimen.

—Pero, señora, respondía la víctima, ¿no quereis comprender que no he usado nunca otra magia que el amor que he podido inspirar? ¿Con que es un crimen el amor?

—Esa prenda de su insensata pasión, que hemos hallado sobre vuestro corazón, continuó la dama, es una prueba de vuestros criminales artificios, y de que solo con ayuda del demonio encadenais á vuestros gustos á ese príncipe, que perdereis perdiéndoos también vos misma...

—Tengo este retrato, porque me lo dió la princesa Sofia, y yo no creí, señora...

—¡Demasiado!... la interrumpió con voz poderosa un personaje que parecia el presidente de aquella asamblea. Caballeros de la Esmeralda, no os habeis reunido aquí para gastar tanto tiempo en deliberaciones, sino para salvar á la Suecia de los males que la amenazan. Las acciones pues deben reemplazar á las palabras. ¡Que esa miserable criatura se siente, y escriba lo que vamos á dictarle, ó que muera!

—¡Oh Dios mío! ¿Qué vais á exigirme? ¿Qué quereis que escriba?

—Vais á saberlo; sentaos aquí, y mirad bien que mi espada amenaza vuestro pecho.

La pobre niña, pálida y temblorosa, cogió la pluma.

El hombre le dictó:

«SEÑOR:

«A vos se dirige la mas humilde de vuestras siervas, para

(La continuación en la página 358.)

suplicaros devolvais á su corazon la libertad que á su pesar le habeis quitado.»

—Ah! ¡mi mano rehusa... balbuceó la jóven!
—Continuad, ó vais á sufrir los mas crueles tormentos...
La jóven volvió á escribir.

«Nunca amé á vuestra magestad, pues hace mucho tiempo que di mi corazon á otro...»
—Oh! ¡no, no! exclamó la infortunada, ¡jamás escribiré tan odiosa villanía, tan completo engaño! ¡Señora, añadió arrojándose á los piés de la que habia antes hablado, vos me socorreréis! ¡vos me protegeréis contra esta barbarie! ¡Quizá para tan infame uso tendríais tanto empeño en hacer que aprendiera á escribir? Mi querida señora, sed generosa y buena con una muger que en nada os ha ofendido... ved... á vuestros piés os lo ruego...»

—Traed el aderezo destinado á esta señorita, respondió con calma la dama.

Entonces salió un lapón de un gabinete, y la presentó dos brazaletes de hierro candente que se disponia á poner en los brazos de la jóven.

—¡Cielos! exclamó ella retrocediendo horrorizada, ¿queréis hacerme sufrir los tormentos del infierno?

—¡Escribid pues! dijo el enmascarado; y tened en cuenta que si osais otra vez interrumpirme, el brazaleté os hará desistir.

—Cedo al temor, pero Dios me vengará, dijo ella inundando el papel de lágrimas.

Continuó pués:

«Acaba de abandonarme mi amante porque ha sabido que el rey es su rival: me habeis quitado la felicidad en esta vida; pero os perdono, señor. Desde hoy pasará mi existencia olvidada; voy á abrazar la religion católica, y á retirarme á un claustro bajo un nombre supuesto que nunca conoceréis. Esta será la última noticia que tengais de mí...»

Y se detuvo...

—¡Firmad! ¡firmad! gritaron todos en tono amenazador.

—Firmad pues, dijo el presidente cogiendo la mano de la pobre niña, y guiándola á su placer.

—«Catalina Mansdotter... ¡Perfectamente!

¿Será esta traidora carta solo un preludio de los sufrimientos que prepararéis á vuestra pobre víctima? Sola, sin defensa... ¿tendréis la impiedad de obligarme á abjurar mi fé por satisfacer vuestra odiosa venganza?

—Vuestra suerte está decretada, respondió la dama; tenéis que someteros ó morir.

—¡Morir! ¡oh! yo no quiero morir! ¡Tampoco quiero abjurar mi creencia, no! ¡Miserables! exclamó con inesperada energía; el rey lo ha de saber... volvedme mi libertad... volvedmela...»

Una carcajada general le respondió.

Al pronunciar estas últimas palabras se habia precipitado Catalina á la puerta junto á la cual estaba oculto Boleslao. Los ojos de la jóven se encontraron con los suyos, y retrocedió amedrentada lanzando un grito.

—¿Sí... sí... quieren matarme... miradle... ya me espera el verdugo...»

Esta exclamacion hizo á todos los conjurados levantarse. El jefe se dirigió adonde estaba Catalina, convenciéndose de que en efecto un hombre los escuchaba. Cogióle brutalmente por el brazo, y le arrastró al medio de la sala.

—Amigos míos, dijo, ¡estamos vendidos! Este es un espia de la corte; pero no podrá revelar nuestros proyectos, porque solo saldrá de aquí cadáver.

Todas las espadas se dirigieron á Boleslao: pero este, sin intimidarse, dijo tranquilamente:

—Un instante, monseñores; ¿vais á volveros contra vuestras mismas tropas, la falta mayor que se comete en la guerra?

Esta réplica, con la mayor seguridad pronunciada, impuso á los conspiradores. Examinaron con mas atencion al recién venido, y el jefe le preguntó con insolencia:

—¿Quién sois?

—¿Y vos, señor?

—Yo os pregunto, y no tengo por qué contestaros.

—Corriente: soy uno de los vuestros.

—¿Tu carta?

—Aquí está.

—¿De dónde vienes?

—De Upland.

—¿Quién te ha entregado esta carta?

—Una paloma.

—Antes que nada, ¿vuestro nombre? preguntó una voz de muger.

—¿Mi nombre? Bien lo sabeis.

—Dilo.

—Soy el conde de Stem-Sture.

—¡Mentira! ¡mentira! dijeron todos á una voz, no son las tuyas esas facciones.

—Tu mano derecha, dijo uno.

—Tomadla.

—Amigos, continuó el que le habia examinado, no lo dudeis, ¡es un traidor! ¡Heridle, heridle sin misericordia, ó somos perdidos!

—Estas dos compañeras me harán, cuando no respetar, á lo menos ser escuchado por vuestras señorías. Os declaro que no soy agente de policía, y que me he introducido aquí con otra intencion que la de sorprender vuestros secretos...

Y apoyándose contra la pared con una pistola en cada mano, apuntó á sus adversarios.

—¿Con qué intencion?

—No lo sabreis; pero si me dejais partir, os juro no contar á nadie esta aventura harto humillante para mí.

—¡No! ¡no! gritaron todos: ¡muera! ¡muera!

—Ved que una señal mia, una sola palabra puede atraer aquí treinta valientes...

—¡Y dices, infame, que no eres espia! ¡No le escuchemos! ¡muera!

El jefe de los ladrones, siempre á la defensiva, se acercó á una ventana ogival en que habia antes parado la atencion, y rompiendo un vidrio con el mango de una pistola, gritó con voz de trueno:

—¡Boleslao!

Pero apenas pronunciara su nombre lanzáronse sobre él diez de los presentes de gran vigor, para despartarle cogiéndole los brazos; los otros apoderándose de partasanas, hicieron

desde la ventana fuego sobre algunos hombres de mala traza que se dirigian precipitadamente al castillo. Dos de aquellos facinerosos rodaron al lago muertos ó mal heridos, mientras Boleslao mordía á diestro y siniestro con rabia de tigre á cuantos le acosaban. Al cabo de un rato lograron sujetarle con cordeles las manos á las espaldas, poniéndole en la boca una mordaza que solo le permitia lanzar sordos rugidos. Este tormento horrible era solo un preludio de los que después le esperaban. Abrióse bajo sus piés una trampa, y fué empujado á un subterráneo sin salida, donde el hábil ladrón, hasta entonces tan afortunado en cuanto emprendia, vió comenzar para él el infortunio, y creyó un momento ser despedazado por las enormes y punzantes peñas en que su cuerpo rebotó; pero no llegó á tanto su desgracia.

Los otros bandidos se dispersaron en las cercanías de la fortaleza hasta nueva señal, espantados de los muchos obstáculos que habia que superar para entrar en ella.

Durante estos rápidos acontecimientos se habia lanzado Catalina á otra habitacion buscando un medio de escaparse: habia logrado forzar una puerta y se creia ya libre, cuando la noble dama que se habia declarado su mas implacable perseguidora, la salió al encuentro, volviéndola á la presencia de sus jueces. Entonces fué entregada á dos guardias que la obligaron á callar y permanecer en la estancia.

—Caballeros de la Esmeralda, dijo el presidente, lo que acaba de pasar trastorna nuestros planes y nos obliga á emplazar su ejecucion. Ese hombre, aun cuando no podrá ya denunciarnos, porque nunca saldrá de ahí, venia acompañado de emisarios del aborrecido monarca. Sin duda ellos habrán marchado á Stokolmo: no les demos lugar para cumplir su mision: separémonos al instante. Tenemos buenos caballos, podremos llegar antes que nuestros delatores, y disipar con nuestra presencia cuantas sospechas haya hecho concebir á Erico su desconfiado carácter.

En esto oyóse el sonido de una campana, y un terror pánico se apoderó de todos los concurrentes. Otra campanada obligó á uno de ellos á mirar por los vidrios de la ventana, el cual anunció que unas religiosas conducidas por un anciano sacerdote pretendian entrar.

—¡Unas religiosas! exclamó con júbilo el jefe de los conspiradores; que entren al instante.

Un momento después entraron en el salon estenuados de fatiga, el padre Wilfredo y las pobres religiosas de Santa Radegunda.

—Hermanos míos, dijo el prior, Dios no nos ha dado fuerzas para pasar de aquí: venimos á buscar la muerte, si sois de los impíos, ó la vida, si vuestras almas si-nten piadosas emociones. Hace cuatro dias que estas pobres hijas de Jesucristo no han tomada alimento, porque venimos huyendo de los verdugos. ¿Encontraremos en este lugar otros mas crueles que los que nos persiguen? ¿Deberemos morir dirigiendo al cielo nuestras últimas plegarias para que perdone á los enemigos de nuestra fé?

—No, padre mio; respondió quitándose la máscara el presidente; sois de esos hombres á quienes yo amo, protejo, y profeso la mayor adhesion. Aquí os serán prodigados cuantos auxilios necesiteis tanto vos como vuestras compañeras, y aunque nosotros marchamos porque nos precisa, quedaís hecho dueño del castillo durante vuestra ausencia. Voy á daros una orden que protegerá vuestra marcha á Abo, capital de la Finlandia, donde podeis contar con el apoyo del hermano del rey, á quien pertenece aquel ducado.

—¡Ah, mi noble señor! dijo conmovido el padre Wilfredo: bien sabia yo que el cielo no nos habia de abandonar. Vuestras palabras han devuelto á nuestros corazones la esperanza; en ellos permanecerá eternamente grabada vuestra bondad.

—Solo os impongo, padre mio, una condicion al daros hospitalidad, y es que os encargueis de la conversion de esta pobre jóven. Llevadla en vuestra compañía, y velad sobre ella, porque, añadió en voz baja, tratará de escaparse. Su razon está un poco trastornada; se cree la favorita del rey, y en su locura vive persuadida de que debe ser un dia reina de Suecia.

—¡Desgraciada!... Nada temais, señor: mis hermanas la cuidarán como exige su funesta situacion.

—Os dejaré algunas personas acostumbradas á guardarla, y no la entregareis en otras manos.

—Descuidar, monseñor.

—Tomad el salvoconducto que os he ofrecido.

—¡Qué leo! exclamó el padre Wilfredo, reparando la firma; ¡sois el...»

—¡Silencio! Hasta la vista, padre.

Todos salieron, excepto Catalina, el prior, las religiosas, y algunos criados.

CAPÍTULO XXII.

El subterráneo.

Al caer el infeliz Boleslao en el sombrío subterráneo que debia servirle de tumba, lanzó un grito desgarrador, porque habiendo dado con la cabeza en el ángulo de una piedra se habia hecho junto á la sien una gran herida que cubria su rostro de sangre. Agarrado, sin poder pedir socorro, pudiendo solo hacer uso de las piernas, y en medio de una oscuridad profunda, debe ya comprenderse hasta qué punto su nerviosa y potente organizacion estaria exasperada.

Debilitado por la sangre que vertia quedó adormecido.

Cuando despertó era ya de dia claro, pero para él lo mismo que si fuese de noche. Su incansable imaginacion le sugirió la idea de no resignarse con la suerte de Ugo sin haber antes probado si por cualquier casualidad lograba escaparse.

Como no podia servirse ni de su voz, ni de sus manos, solo le quedaba la vista para medir la vasta estension de su calabozo, que se dispuso á recorrer. A cada instante tropezaban sus magullados piés en enormes piedras desprendidas del muro; pero estos obstáculos no le detuvieron, y después de una marcha tan penosa como larga, hallóse en una especie de enrucijada á que iban á parar serpenteando muchos pedregosos caminos por los cuales se dirigía sin reflexionar á riesgo de encontrar alguna sima donde perdiera la vida. La fatiga no le permitia continuar, y se detuvo. La mordaza le sofocaba, sentia una sed ardiente y devoradora; y cuando pretendió, reuniendo todas sus fuerzas, romper sus cadenas, hizo pene-

trar hasta los huesos de sus muñecas las cuerdas que las sujetaban. Un hombre ordinario hubiera elevado su alma á Dios y ofender la divinidad dirigiéndose á ella. ¡Tan impio era su cinismo!

Su irrevocable resolucion de salir por cualquier modo del subterráneo dominó su debilidad, y continuó andando como un ciego beodo; en fin, después de inauditos esfuerzos creyó distinguir muy lejos entre la oscuridad que le rodeaba un rayo de luz. Hizo el postrer esfuerzo, y á medida que adelantaba á ella, la vió, pudo contar sus barrotes de hierro carcomidos por el moho; tenia la libertad delante de sí; solo le separaba de ella aquella reja que en otra posicion hubiera hecho fácilmente trizas; pero entonces aquel descubrimiento solo sirvió para irritar sus irrealizables deseos.

Delante de sus ojos se estendia el lago Moeleser por cuya helada superficie se podria muy bien llegar al bosque que estaba del otro lado, y junto á él caian las ramas de un abeto desgajado por el aire que le podrian servir de escondite caso que, si se fugase, le persiguieran.

Vió á una lechera jóven, radiante de alegría y libre como una golondrina, atravesar el lago con sus patines; y con algunas personas atraídas sin duda por la aproximacion de la feria, acercarse á la verja tras de la cual él se desesperaba, coger musgo y hojas que echaban sobre el hielo sin duda para marcar el sitio que habian de ocupar, ó para estar mas resguardados de la impresion del hielo. Nuestro infeliz prisionero hacia mil esfuerzos para gritar á aquellos mercaderes; pero á pesar de sus ahogados gritos, y de los sacudimientos que daba á aquellos barrotes, ningun ruido llegaba hasta ellos... Entonces creyó distinguir entre aquellos hombres á algunos de los suyos, y eran en efecto su alférez y otros tres, que después de su desaparicion no habian cesado de rondar el castillo por si algo les daba á conocer la suerte de su jefe. La casualidad hizo que deteniéndose á treinta ó cuarenta pasos de la verja hablasen todos á la vez, y sus ecos llegasen hasta él. Su situacion entonces es imposible de describir: se contraian sus nervios, se revolvia, gritaba, y ¡nadie! nadie le respondia; apoderóse de él un vertigo, y embistió con la cabeza á los barrotes. Esta sacudida hizo caer una larga cadena que sin duda alguna estaba enrollada mucho tiempo hacia en la estremidad de la verja; pero cómo moverla sin el auxilio de las manos ó de la boca? Pronto le ocurrió un medio. Echóse en el suelo de espaldas y alargando hasta ella sus piernas logró al cabo cogerla con los piés, y moverla fuertemente, haciendo sonar una cascada campana. Los cuatro ladrones, sorprendidos por aquel son, volvieron la cabeza, y acercándose por curiosidad el alférez á aquel sitio creyó ver agitarse en la sombra un ser viviente; llamó á sus compañeros, y entonces Boleslao levantándose se presentó á su vista; pero como su rostro estaba cubierto de sangre coagulada, no le reconocieron y retrocedieron espantados.

—Será algun loco encerrado ahí, dijo el alférez, y podria hacernos daño si nos acercásemos. Vámonos.

—Quizá será algun rico heredero á quien habrán despojado de su fortuna, añadió otro.

—Eso se ve muy á menudo en las grandes familias, replicó un tercero.

—Si le salvásemos nos recompensaria largamente, continuó el segundo.

—Buena idea, dijo el alférez. Como somos tantos no debemos temerle. A ello!

Boleslao, que habia atentamente oido esta conversacion, se sentia ahogado por el gozo. Cuando vió que sus compañeros se disponian á limar los barrotes, se volvió hacia ellos mostrándoles sus manos despedazadas y llenas de cardenales. Uno de sus compañeros cortó con precaucion sus ligaduras, y el prisionero arrancándose precipitadamente la mordaza exclamó:

—Boleslao!... amigos míos... soy Boleslao.

Todos lanzaron un grito de júbilo y sorpresa.

—¡Boleslao!... ¡tú aquí! dijo el alférez ¡ya somos felices!

—Aun no. Mientras lograis derribar esta verja, dadme un poco de aguardiente para refrescarme; tengo la garganta hecha ascua.

—Tomad, tomad.

Boleslao bebió de un trago media calabaza.

—¡Ah! prosiguió, ¡cuánto me han hecho sufrir esos infames! ¿creian enterrarme vivo? No: Boleslao vivirá libre. Un hombre como él no muere como un simple, sino en alto, muy en alto, para que de lejos le vean y hablen todos de él.

Esta ladronesca filosofia volvió á los compañeros de Boleslao el buen humor que mucho tiempo hacia no disfrutaban.

—Manos á la labor, mis valientes; romped mis cadenas, y salga yo al fin de este nido de murciélagos.

La verja no pudo resistir á los obstinados ataques de los cinco ladrones, y al cabo de media hora Boleslao estaba libre.

Antes de disfrutar plenamente la libertad, dijo: quiero separarme de este vestido de marqués al cual debo mi desgracia; soy fatalista, y no renuncio á mis preocupaciones.

Y dirigiéndose á uno de los suyos:

—Bording, continuó, vas á cambiar conmigo de traje aquí mismo, y luego te diré lo que has de hacer.

—Como gustéis, capitán.

Después que cada uno se puso su traje:

—Vuelve al bosque, prosiguió, di á nuestros compañeros que me has encontrado, que se regalen bien en gracia de este suceso, y esperadme: hasta la noche no volveré.

Bording partió rápidamente.

CAPÍTULO XXIII.

El tribunal.

—Capitan, contadnos cómo os han encerrado en ese subterráneo, dijo el alférez.

—Es inútil. Bástete saber que he perdido la partida y que no me gusta recordar lo que me sale mal. Mira, añadió mostrándole las heridas de su rostro, esto es todo lo que he sacado de la mina de esmeraldas. No hablemos mas sobre el particular: hay que hacer otra cosa: ¿ves? ya hay allá abajo mas de cien tiendas sobre el lago; aquellos mercaderes tienen oro, y debemos ir á visitarlos.

(Continuará.)

UNA VENGANZA.

(Continuacion.)

—Hé ahí, señor conde, una declaracion de mártir perfectamente en regla, dijo la jóven viuda templando sus palabras con el dulce acento de su voz y una sonrisa amable. De consiguiente no puedo desechar vuestra solicitud. Demos un paseo por esta calle de árboles retirada, ya que lo deseais, y hablad, pues ya os escucho.

Y diciendo esto, madama de Thoiry se llevaba á Bossange bajo las grandes encinas. La orquesta seguia tocando sus mas alegres sonatas, y la fiesta se hallaba en toda su animacion. El conde guardó silencio como para recogerse: luego lo rompió en estos términos:

—Señora, cuando me habeis visto en los salones parisien- ses y me cobrasteis aversion...

—¡Oh! señor conde, esa palabra es muy fea; vais muy á prisá.

—Os suplico, señora, que me dejeis concluir... Entonces, digo, sin duda ignorábais, como yo (porque hace apenas algunos dias que lo sé), una historia lúgubre que no se cuenta sin espanto en las familias en estos valles magníficos: la sangrienta historia de las casas de Viana y de Aranza.

—No, señor conde, esa historia es la de mi familia, y la sé desde mi mas tierna edad.

Mientras decia estas palabras, los ojos, de ordinario tan limpidos y dulces de madama Thoiry, brillaron como un relámpago.

—A lo menos ignorábais, señora, repuso el conde de Bossange con una voz trémula de emocion, y dejando escapar las palabras sílaba á sílaba, que la sangre de los Viana vivia aun.

—En efecto, siempre habia oido decir que esa familia estaba estinguida. Pero ¿qué os importa, señor conde, lo que sé ó ignoro de esas historias domésticas?

—Es que la familia de Viana está llena de vida, señora. El hijo de Carlos de Viana es un jóven en la fuerza de la edad, y puesto que conoceis esa raza, ese último vástago no podria ser indigno de sus abuelos.

—¡Ah!

Este monosílabo salió como un grito del corazon de madama de Thoiry. Sin osar mirarla, el conde de Bossange continuó:

—Ese hombre vos le habeis encontrado y le conoceis, señora. Por un concurso de circunstancias fatales, destinado á pasar su vida lejos de vos, se ha encontrado sobre vuestros pasos, y su corazon os pertenece. El os ama cual jamás fué amada muger alguna. El es quien, hincado de rodillas con las manos juntas, viene á suplicaros en nombre de su padre, muerto violentamente, que pongais fin á esa sombría historia que hace siglos está ensangrentando dos nobles casas, con un desenlace menos siniestro. Él pone en vuestras manos su suerte y la de su familia: os hace juez. No os pide ya amor; una felicidad tan grande no está hecha para él; os pide compasion!

—¿Cómo! señor conde de Bossange, ¿vos os llamais Enrique de Viana?

Y el brazo de madama de Thoiry, soltando el del conde, cayó bruscamente á lo largo de su vestido de gala.

—Viana es el nombre de mi padre y el mio, señora.

Madama de Thoiry retrocedió, y durante algunos segundos reinó en el bosque un silencio solemne, y solo se oia en lontananza la alegre música del baile. La hermana del marqués de Aranza tomó la palabra y dijo:

—Pues bien, Viana, no olvideis esto. Cuando por una ú otra causa se ha derramado sangre entre dos familias navarras, esa sangre pide sangre; cuando se ha enarbolado sobre la montaña la cruz de fuego, esta llama otra cruz de fuego, y esto hasta la estincion de una de las dos razas. Si alguna vez han podido vernos abandonar nuestras antiguas casas, acostumbrarnos á la elegancia y la civilizacion de los otros pueblos, jamás podríamos llegar hasta el punto de olvidar el derecho de nuestros antepasados. ¡Vos osais hablar de amor á una Aranza! En verdad que entonces teneis razon en demandar piedad, porque la aversion que yo sentia hácia vos, Viana, no la mereciais!

—Señora, ¿por qué insultar al dolor?

—Yo no insulto, Viana; me burlo; me rio de veros tan degenerado, tan indigno de vuestros abuelos.

—Señora, lo repito...

—Conde, me estan llamando al baile.

Dicho esto con una voz estridente, madama de Thoiry dejó bruscamente á Bossange. Este quedó algunos instantes como aniquilado en el mismo sitio, y cuando volvió en sí, sus piernas le arrastraron hácia las ruinas del castillo de Viana, en un estado que se diria habia perdido la razon. Sin embargo, por la noche estaba orando sobre la tumba de su padre al lado de la gitana Catish, mientras que en el castillo de Aranza estaban aun bailando.

VI.

LA VENGANZA.

Reina la desolacion en la montaña. Desde el matrimonio del marqués de Aranza, Enrique de Bossange no deja las ruinas del castillo de Viana. A su lado vela cual una tierna madre la gitana Catish, quien á su hondo dolor trata de oponer sus consuelos.

—¿Por qué te afliges así, Enrique? ¿Por qué te dejas abatir?... Bien te habia dicho yo que los Aranzas son fieles al culto antiguo. Imitalos, reanima tu valor, y si ellos no te aman, ¡que te teman!

Así hablaba sin cesar la gitana Catish á Enrique; pero el conde no la oia. Dominado por los punzantes dolores que le atormentaban, no tenia fuerzas ni vida mas que para escuchar la voz que le hablaba interiormente. Su imaginacion, exaltada por la calentura, le mostraba como en un horizonte lejano las felicidades soñadas y fatalmente perdidas, y esas fantasmas le sumian en un triste delirio. De dia, de noche, á todas horas, erraba sin cesar de la tumba de su padre á las ruinas de Viana, y sus fuerzas se aniquilaban en el

eterno combate que se daba en el fondo de su alma. Sus amigos parisien- ses no habrian reconocido al elegante y hermoso jóven, ¡tan pálida y desencajada estaba su car...! Desde el dia de la boda de Aranza, el conde habia llegado á tal grado de postracion física y moral, que su corazon no tenia ya un deseo, ni su alma una voluntad. Semejantes situaciones son muy peligrosas en los cántabros, porque en esas naturalezas vigorosas las reacciones son violentas, y si Bossange salia de su letargo, habia que temerlo todo de él. Catish, la vieja y fiel custodia de las tradiciones y las costumbres de otro tiempo, esperaba uno de esos cambios súbitos. Aprovechándose del decaimiento del jóven, Catish no se separaba de él; se habia hecho su esclava atenta y previsorá para velar sobre las necesidades de la vida; pero en cambio de sus cuidados aguzaba sin cesar los dolores del conde, y procuraba reanimar los terribles instintos de una naturaleza salvaje con esa lengua primitiva cuyos acentos hablan tan imperiosamente al corazon cuando se ha aprendido en la cuna.

Muchos meses trascurrieron así. Los dias largos habian huido; habianse recogido las cosechas; el otoño habia desalojado al verano, y las hojas de los árboles principiaban ya á ponerse amarillas. Una tarde, en las horas tranquilas del crepúsculo, Catish, que habia visto en los ojos de Bossange algunas miradas ardientes, le llevó consigo hácia la montaña. Treparon silenciosos por el áspero sendero, y cuando llegaron á la cima, se pararon y descubrieron un inmenso horizonte.

—Mira allá bajo, dijo la vieja gitana. ¿Ves aquellas torrecillas que se lanzan hácia el cielo? ¿Ves aquellos baluartes de piedra maciza? Es la residencia de Aranza. El marqués es feliz al lado de su jóven esposa, y bien luego conocerá el gozo de los padres. Su hermana ha hablado ya de dejar estas comarcas. Ha esperado bastante tiempo, y ahora tiene prisa de presentarse en medio de las brillantes sociedades que tú conoces y tanto amas. Sin duda tiene anunciada ya su vuelta á los que se han hecho los cortesanos de su beldad, quienes se agolparán en derredor de ella, la prodigarán homenajes y dulces palabras, mientras que ella se paseará risueña por entre sus adoradores, y si alguna vez se acuerda de las montañas que la han visto nacer, se burlará de la debilidad de su enemigo.

Las palabras de la gitana penetraban en el corazon de Bossange con un dolor agudo, cual un puñal. Asomaron las lágrimas á sus ojos, y una á una formaron un ancho surco en sus pálidas mejillas; pero esas lágrimas no nacian del amor. Enrique miró largo rato el castillo de Aranza; luego, haciendo un esfuerzo supremo, estendió las manos hácia sus torres, y con voz solemne articuló estas palabras:

—¡Maldicion sobre los que hacen sufrir cuando pueden consolar con una sola palabra, apaciguar los odios con una mirada! ¡Maldicion sobre los que se mofan del amor! ¡Maldicion sobre los que han derramado la sangre y quieren que se derrame aun, que se derrame siempre! ¡Maldicion! ¡maldicion!

Pronunciadas estas palabras, el conde se dejó caer desplomado, cual si ese esfuerzo hubiese agotado sus fuerzas, y permaneció algun tiempo sentado sobre la roca, con la cabeza apoyada en sus manos. Luego, tomando una resolucion terrible, dijo:

—Catish, tú me has dicho que á la hora prometida me harias conocer lugares donde ningun ojo puede ver, ninguna mano agarrar y detener la mano que se venga. Ha sonado la hora. Révelame esos secretos... ¿Dónde estan esos lugares?

—Sígueme, respondió la gitana.

Y arbos, sin añadir una palabra, descendieron las primeras cuevas de la montaña, á pesar de la oscuridad de la noche, porque ya habia oscurecido.

Por mas dueña de sí misma que se hubiera mostrado madama de Thoiry, el dia en que el conde de Bossange le revelara el fatal secreto que daba, por decirlo así, una sancion á su odio instintivo, no por eso se habia sentido mas tarde menos fuertemente agitada, al verse metida, por un extraño concurso de circunstancias, en una de esas aventuras formidables que no son ya de nuestro siglo.

Modelo de la elegancia y la distincion contemporánea, hallábase trasportada de súbito en medio de las costumbres y las tradiciones salvajes de otra época. Verdad es que, por su parte, Bossange era tambien un tipo de esquisita elegancia, y esta reflexion solia calmar los temores que madama de Thoiry concebía á despecho de su indomable energia, no pudiendo ver en aquel elegante de los baluartes de París un hombre capaz de enarbolar sobre la montaña aquella antigua cruz de fuego que, en otro tiempo, paseaban los antiguos de cima en cima para advertir al enemigo que estaba abierta la guerra de la venganza. En su propio corazon, al lado de los sentimientos nuevos que su elevada educacion habia desarrollado, experimentaba esas pasiones fuertes, esos arrebatos impetuosos que son propios de las razas vigorosas. Pero en París, en medio de sus relaciones mas íntimas, ponía el mayor cuidado en comprimirlas, pues no hubiera querido por nada de este mundo que la alta sociedad á que pertenecía pudiese en ciertos momentos leer como en un libro abierto lo que pasaba en el fondo de su alma. Porque en medio de las mugeres, sus compañeras y rivales, se creia una escepcion, y con gusto habria considerado esos ardores generosos de su alma como un vicio original. Así solemos hacer hartas veces cuando queremos juzgarnos por medio de una comparacion superficial. Nos aislamos de todo lo que pudiera esplicarnos semejantes fenómenos, y nos inclinamos á creer que es un defecto con que nos ha gratificado la mano liberal de la naturaleza.

El marqués de Aranza, á quien Mad. de Thoiry habia contado la escena del baile, se entregaba tambien á una completa confianza, pero por otros motivos. Hombre tan leal como valiente, y que además podía creer habia salvado la vida á Bossange, contaba con que su adversario le avisaria antes de principiar las hostilidades, y se reservaba para entonces el apelar á sus fuerzas y destreza para triunfar en esa nueva lucha.

Durante las primeras semanas que siguieron al casamiento del marqués de Aranza, la conducta del conde habia justificado su opinion. Ya hemos visto cómo á la larga habia salido de su letargo.

Bossange y la vieja criada de los Vianas seguian cami-

nando, atravesando valles como una flecha; las horas trascurrian con rapidez sin aflojar el paso de aquellos viajeros singulares, y las constelaciones esparcidas en un cielo oscuro indicaban que la noche estaba ya en la mitad de su carrera, cuando ellos llegaron á los limites de los vastos dominios de Aranza.

No lejos de una roca escarpada, la gitana, que habia marchado siempre delante, se paró, y después de echar una oblicua y perspicaz mirada en torno de ella para cerciorarse de su aislamiento, registró un instante bajo los líquenes y los musgos que cubrian la enorme masa de piedra.

—Esta enorme roca, contra la que en vano emplearias tus fuerzas, es tan fácil de manejar como un manojo de paja, cuando se sabe su secreto...

Y diciendo y haciendo, oprimió un resorte oculto, y la piedra se desprendió de los flancos de la montaña, dejando descubierta una especie de boqueron por el que podian pasar muy cómodamente dos hombres de frente.

—La gruta cuya entrada te estoy mostrando, añadió Catish, es el secreto de los señores de Viana. Conduce por caminos misteriosos hasta la morada de Aranza; de ese modo, cuando se ha dado un golpe, es seguro, y nadie sabe ni puede descubrir por donde ha pasado el enemigo para ir á buscar á su adversario y herirlo bajo su mismo techo.

—¡Entremos! dijo Bossange.

Y se lanzó el primero bajo el vestíbulo de la gruta. Signiúoles la gitana empujando de nuevo el resorte; la roca volvió á ocupar su puesto, y se hallaron en una oscuridad mas densa aun que la que reinaba fuera.

(Continuará.)

RECUERDOS DE MI VIAJE POR AMÉRICA.

Mr. Enrique Herz, el célebre pianista, ha recorrido en el espacio de cinco años todas las Américas; ha dado mas de 600 conciertos, y se ha hecho oír en países donde el piano era aun desconocido. Después ha publicado la relacion de sus escursiones artísticas, libro lleno de interés, que se ha impreso á la vez en cuatro idiomas y en cuatro países diferentes. De él ofrecemos un extracto á nuestros lectores.

LLEGADA Á NUEVA-YORCK.

Apenas llegué á esta gran ciudad, recibí visita de los personajes mas distinguidos y de los mas eminentes artistas. Los directores de teatros me hicieron proposiciones diversas; pero yo he tenido siempre alguna predisposicion contraria á asociarme con los empresarios de espectáculos, y queria correr personalmente desde el principio todas las alternativas de mi empresa.

Preferí el salon del *Tabernáculo* para dar mi primer concierto. Este salon puede contener cómodamente 3,000 personas; y aun cuando no está construido segun las proporciones de una completa armonía, la música produce allí muy buen efecto, y el público concurre gustoso á él.

La vispera de este primer concierto me ocurrió un accidente que pudo serme de muy funestas consecuencias. Yo no sabia aun la singular manera cómo encienden el fuego en las chimeneas de aquel país: quise quitar una pantalla que tapaba la chimenea de mi aposento, y no sabiendo que un ardiente brasero interior la tenia casi candente, me hice en la mano derecha tan fuerte quemadura que me creí obligado á suspender mi concierto. Sin embargo, la noticia de este accidente circuló en pocos instantes por toda la ciudad; y apenas habia tenido tiempo de aplicarme un trapo mojado en el sitio de la quemadura, cuando un hombre á quien no conocia se me presentó ofreciéndome un remedio tan pronto como seguro. Era el inventor de una pasta que curaba toda clase de dolencias. Su *Pain Etractor*, segun le habia bautizado, haria desaparecer, decia él, mi mal en menos de seis horas. Solamente exigia que en caso de buen éxito reconociera yo públicamente la eficacia de su *plaster*.

Puede imaginarse con qué alegría y presteza acepté esta proposicion; pero lo que tal vez no se crea tan fácilmente es que mi cura fué rápida y perfecta, y que pude dar mi concierto el dia indicado. El propietario de la maravillosa pasta hizo fijar anuncios colosales, en los que manifestaba que, gracias á su específico, el concierto de Enrique Herz podía verificarse; el unguento tuvo un éxito fabuloso, y he sabido después que su inventor habia ganado en poco tiempo una fortuna de muchos miles de duros.

PRIMER CONCIERTO EN NUEVA-YORCK.

No desconozco las dificultades que voy á encontrar á cada paso en la relacion de mis viajes á través de regiones las mas diversas, y con frecuencia las menos conocidas del mundo. Al hablar de mí no podré dispensarme de la necesidad de hacerlo del éxito que he obtenido, y me espongo á un peligro que siempre he procurado evitar; el de ocupar al público de mi persona. Respecto á los que me conocen, no temo esta acusacion, pues saben que no soy capaz de hacerme ilusiones, esponiendo hechos que puedan ser contestados. Para los que no me conocen, sólo tendré un medio de convencerlos; el de darles pruebas en apoyo de mis aserciones, y tengo las manos llenas de testimonios irrecusables. Aun me atrevo á decir que mi primer concierto en Nueva-Yorck tuvo todo el carácter de un acontecimiento. Apenas fué anunciado, se dirigió la muchedumbre al despacho, y en pocos instantes se llenaron todas las localidades disponibles. Fué extraordinario el número de personas que no pudieron alcanzar billete, siendo muchos de estos vendidos en subasta á precios exorbitantes, viéndome yo obligado á ausentarme de mi fonda, único medio de escapar del aprieto en que me ponian tantas peticiones.

Habia tenido cuidado de hablar de una sinfonia á la cabeza de mi programa, con objeto de dejar al público el tiempo de reconocerse y para ahorrarme las emociones que me hacian temer la impaciencia de un auditorio nuevo para mí. Pero esta precaucion no produjo el resultado que yo esperaba, pues la sinfonia fué ejecutada en medio de la distraccion general; nadie la escuchaba, y no puedo decir si llegó á tocarse hasta el fin. Fué necesario al fin resolverme á aparecer en la escena: lo que pasó entonces no sabria ya decirlo: tan aturrido quedé

con los aplausos y los gritos que estallaron en todas partes. Mientras mas visible era mi confusion, mayores y mas ardientes eran las demostraciones de simpatia; lo que duró tanto tiempo, que concluí por recobrar mi sangre fria. La orquesta vino entonces en mi auxilio, empezando sin esperar mis órdenes el primer *tutti* de mi gran concierto en *ut* menor; y á medida que el solo se aproximaba, una curiosidad silenciosa sucedia al ruido espantoso que habia suscitado mi aparicion. Apenas habia sacado algunos sonidos del piano, me vi ya interrumpido por nuevas manifestaciones; y al fin del primer solo resonaron los gritos de «otra vez» con tal persistencia, que hube de repetir el trozo entero. Si hago mencion de este hecho tan lisonjero para mi amor propio de artista, es porque me ha parecido notable á causa de la severidad de estilo que reina en mi concierto, y á causa tambien del tono menor que en general no tiene el privilegio de agradar mucho á los americanos.

El primer concierto no habia hecho mas que aumentar si era posible el *dilantantismo* de Nueva-York: los que habian oido quisieron volver á oírme, y los que no habian podido obtener localidades para el primer concierto, las pidieron para el segundo á lo menos. Para satisfacer á todos tuve que dar mas de veinte conciertos en el espacio de tres meses.

BALTIMORE.

Baltimore es citada como la ciudad de los monumentos. De todas las grandes poblaciones de los Estados-Unidos, es

mugeres de Baltimore por las mas bellas de la Union. Ellas recuerdan por la blancura de su tez y el brillo deslumbrador de sus carnes los mas notables tipos irlandeses. No quiero por esto decir que la hermosura de las mugeres de Filadelfia sea menos seductora que la de las de Baltimore; pero creo que es menos pura, menos correcta, ó si se quiere, menos clásica.

El tipo del otro sexo es igualmente muy notable allí: la distincion, generalmente algo fria, del gentleman, se encuentra atemperada por las brillantes tendencias de un talento delicado, que no enteramente absorto por los intereses materiales, se dedica voluntariamente por las regiones elevadas de la inteligencia, y á los mas nobles ejercicios del cuerpo. Los jóvenes se consagran con ardor á los actos literarios y científicos; aman las artes, y la música es una de sus predilectas distracciones. El museo de Baltimore, donde se han reunido los objetos mas interesantes y curiosos, atestigua la afición de los habitantes á las producciones de las artes y de las ciencias. El placer de la caza hace tambien un gran papel en la existencia del verdadero gentleman de Baltimore, sin contar que para merecer el soberbio titulo de *leon*, debe saber tocar la flauta y bailar agradablemente la mazurca.

UNA DISPUTA POR Poca COSA.

El mismo dia de mi llegada á Baltimore un célebre pianista europeo daba un concierto en *Calvert-Hall*. Así le pertene-

que continuaba, no quedó por vender ni un billete. Vinieron á decirme que el brillante justador de la víspera habia dejado en la sala sus dos armas de combate. Hice que le dijese que viera á bien hacerlas retirar al momento. Su secretario fué el comisionado para transmitirme su respuesta; y vino á decirnos porque llovía mucho y no queria esponerlos al mal tiempo. Después de lo ocurrido la víspera no me sentia dispuesto á mostrarme mas atento de lo que él lo habia sido, y juzgué oportuno pagarle en la misma moneda. Le hice responder que el salon debía quedar enteramente desocupado á cierta hora; lo que queria decir que si en la designada estaban aun los pianos, me veria obligado á hacerlos poner fuera.

Lo que pasó después entre mi secretario y el de mi colega no podría decirlo sin poner en escena á personas que llevaran su celo hasta la violencia. Desgraciadamente se hizo público este asunto. Ambos secretarios se dirigieron numerosos comunicados por medio de la prensa, y debo creer que fueron divertidos supuesto que los reprodujeron todos los periódicos de América, y aun los he visto en los periódicos ingleses.

Lo que no he olvidado es que para poner fin á esta interminable disputa fué necesario que mi secretario afirmara delante del juez y jurara sobre la Biblia, después de depositar cinco dollars, que sus cartas encerraban la verdad, toda la verdad. Estoy seguro de que el célebre pianista que puso el fuego á la mecha no habria dejado empeñarse esta lucha si hubiese podido prever sus consecuencias. ¿Qué piensa hoy Mr. Leopoldo de Meyer?



Habana.—Un quitrin.

sin disputa la mejor edificada y en la que se ha prodigado mas el mármol y las esculturas. Cuando se entra en Baltimore se tiene el presentimiento de las bellas cosas que deben fijar nuestras miradas. Sus habitantes muestran con orgullo la gloriosa columna elevada á la memoria de Washington. Es toda de mármol blanco, y sus proporciones son tan bellas, que viéndola relucir al sol, se os figura que no podría arrancársela de su base sin turbar la armonia de todo cuanto la rodea. Después de la columna os hacen admirar la catedral católica con su magnífica cúpula, tambien de mármol blanco. La forma de este monumento es la de la cruz griega; pero me ha parecido que sus proporciones son defectuosas. La cúpula me parece muy aplastada, y los arcos que la sostienen muy bajos para su elevacion. El interior no obstante tiene un aspecto gracioso, que se aproxima á la elegancia de los mejores monumentos del estilo bizantino. El altar mayor y las dos capillas inmediatas estan revestidas de un mosaico de mármoles muy notable, realzado con adornos muy ricos y de excelente gusto. La música está poco menos que escluida de aquel santuario, consagrado sin embargo al culto católico: solo se oyen allí las salmodias monótonas y severas de la primitiva Iglesia latina.

La primera vez que entré en la iglesia de Baltimore se celebraba una gran fiesta religiosa. Asistian muchas señoras en trajes de mañana; pero tan elegantes y de un aire tan distinguido, que solo podría compararse aquella reunion á las que se ven en los bellos dias de primavera en el jardin de las Tuillerías ó en los Campos Eliseos. No sin fundamento pasan las

cia el teatro por todo el dia. Llovía á torrentes, y mi piano se hallaba en el patio espuesto á las consecuencias de la humedad. No titubé en solicitar de mi co-hermano el permiso de poner mi piano en la sala; pero su secretario respondió con una terminante negativa, asegurando que debía ser tan grande la concurrencia al concierto, que apenas quedaria lugar para el beneficiado y sus dos pianos. Mi pobre instrumento pasó la noche, no diré á la luz de las estrellas, pues que estaba oscura como boca de lobo, sino bajo la impresion de un huracan y de torrentes de agua, y quedé en tan mal estado, que no pude servirme de él al dia siguiente hasta después de reparadas sus averías. Aquella noche compré un billete, y asistí al concierto. Era efectivamente numerosa la concurrencia; pero creo que con un poco de buena voluntad se habria podido encontrar un rincon para mi piano sin perjuicio de la entrada.

Debo añadir que mi eminente co-hermano obtuvo muy buen éxito en las diversas piezas que ejecutó, y no fuí yo de los menos afanosos en aplaudirle, aun cuando no hubiese encontrado en él aquella fraternidad tan natural entre los artistas, y que tan útil me hubiera sido en aquella ocasion.

No habria hecho mérito de este pequeño incidente si no reconociera hoy que acaso hice mal en no dirigirme personalmente á mi co-hermano: creo que nos habriamos ahorrado uno y otro una cuestion que, como va á verse, tomó grandes proporciones.

El dia siguiente me correspondia exhibirme, como dicen en América, en aquel mismo salon: á pesar del mal tiempo

UN ENCUENTRO INESPERADO.

Algunos dias después de mi llegada tuve un encuentro que no esperaba. Habia sido invitado á comer en casa de una de las mugeres mas bonitas y mas á la moda de Baltimore, en casa de mistress Lurmann. Cerca de mí se hallaba un extranjero, cuya fisonomia desde luego habia llamado mi atencion. Su conversacion, naturalmente interesante, respiraba un sentimiento de tristeza que la hacia aun mas simpática: «Sois francés, me dijo tendiéndome la mano, y acaso venís de París. ¿Qué noticias traeis de Francia? ¿Qué feliz sois, añadió con acento profundamente melancólico: podeis volver cuando os plazca á ese país que yo amo tanto, y del que estoy desterrado para siempre! ¡Oh! sí: felices aquellos que, alejándose del país natal, solo se imponen un destierro voluntario, y que pueden cuando les place volver á tomar el camino que jamás se olvida!»

El que se espresaba así era Gerónimo Bonaparte, el sobrino del emperador. Habitaba en América hacia muchos años, habiendo llegado á ser un excelente y modesto arrendador en los Estados-Unidos. Su semejanza con el grande hombre habia hecho en mí una viva impresion. Pasamos juntos una noche deliciosa, cuyo recuerdo se ha reavivado agradablemente en mí cuando le he vuelto á ver en París, donde la voz unánime de la Francia le habia llamado con toda su familia poco después de nuestro encuentro en Baltimore.

ENRIQUE HERZ.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.